This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Zu 204 p 7

P. SAÑUDO AUTRAN

NARRACIONES

ESPAÑOLAS Y AMERICANAS

MADRID
EDUARDO MENGÍBAR, EDITOR
1886

97-2a-P10

L.C.

1. Spanish - America - Social l
2. Spain - Social life

NARRACIONES

ESPAÑOLAS Y AMERICANAS

P. SAÑUDO AUTRAN

NARRACIONES

ESPAÑOLAS Y AMERICANAS

MADRID
EDUARDO MENGÍBAR, EDITOR
1886

643294 A

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Madrid, 1886.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 10.

AL INSIGNE POLÍTICO ESPAÑOL

EXCMO. SR. D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA

PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE LA REGENCIA

Su afectísimo amigo

EL AUTOR.

Molina 28 Nov. 1982

AMÉRICA Y ESPAÑA

En la excursion que como Secretario particular del eminente estadista y cumplidísimo caballero Doctor D. José C. Paz, Ministro argentino en Francia, hice á la América del Sud, pude confirmar la opinion que acerca de América tenía yo formada.

Y hasta excedió por extremo á cuanto á la imaginacion del escritor, á la del entusiasta amante de la civilizacion y el progreso hubiese sugerido el estudio y conocimiento del Nuevo Mundo y de sus hombres.

El adelanto cunde allí, y los inventos de la ciencia y la industria moderna son implantados á seguida, tomando carta de naturaleza en esos jóvenes países, llenos de vida y de riqueza, en donde el trabajo y la honradez son los mejores títulos que el ciudadano puede presentar á la consideracion de la sociedad, en cuyo seno se le recibe con tanta distincion como afecto.

Admira el movimiento comercial de las Repúblicas americanas y su desarrollo vertiginoso.

La aldea de ayer se convierte hoy en pueblo y mañana en ciudad, y las inmensas aduanas de los puertos más principales apenas son lo suficientemente capaces para el tráfico mercantil.

El europeo que del antiguo continente, en donde el exceso de poblacion dificulta la vida y escasea los medios con que atender á la subsistencia, va á América, encuentra siempre allí estímulo, proteccion, trabajo, manera de irse desenvolviendo en la medida de sus merecimientos y aptitudes, y de conseguir, en un plazo más ó ménos lejano, una fortuna más ó ménos grande, formada con su constancia y su buena conducta.

Y el español, por otra parte, que va á la América del Centro y del Sud, al lado de esto hallará en los paisajes, en los rios, en el cielo, en el sol, en los cantos, los bailes y las costumbres, en el carácter y en el trato de los naturales, algo, si no mucho, de España, la madre patria, que dejó allí su sello y su sangre, que aún bulle en las venas de los interesantes americanos que han heredado el fuego de la imaginacion de los españoles, su caballerosidad y valor.

Llena está América de oradores notables, escritores muy distinguidos, inspirados poetas, tradiciones, leyendas y rasgos de heroismo verdaderamente admirables.

Hojéense, en prueba de esto último, las páginas de las guerras y de las luchas intestinas de los pueblos de América, y aún no ha pasado un siglo de la defensa heróica de Buenos-Aires contra las huestes disciplinadas de Inglaterra, que envió al Plata lo mejor de sus tropas, acaudilladas por jefes de valor y pericia; la guerra de la Triple Alianza, en que el Paraguay se cu-

brió de gloria luchando por espacio de siete años con un denuedo y un aliento sobrenaturales; la última lucha del Perú con Chile, en donde hechos de armas tan memorables se registran; las contiendas civiles de Montevideo, de Colombia, de Venezuela; la conducta gloriosa del Uruguay, perdonando la deuda de guerra al Paraguay y devolviéndole los trofeos que en el campo del honor le habian ganado en buena lid; la defensa del castillo del Morro por los cubanos contra Inglaterra; la guerra habida en Méjico cuando Francia quiso sostener en el trono al Emperador Maximiliano.

Y si la fantasía puede tender su vuelo en ancho espacio, allá en las tierras que descubriera el navegante genovés, ¿qué no hará por España, el país por excelencia del heroismo y del arte, el de la Alhambra, el de Bailén, el de Zaragoza, el de la mezquita de Córdoba, el Generalife, el Alcázar, las catedrales y los museos, las peteneras y las jotas, las muñeiras y los zortzicos, las vegas y las flores, las huertas de Valencia y de Murcia, los sitios de Sagunto y Numancia, el Dos de Mayo, Guzman el Bueno, el Cid, Calderon, Cervantes, Murillo; el país de las endechas y las glorias, las armonías y la entereza, el patriotismo y el amor, la fe y la poesía?

¿Qué no hará por España, en donde apenas hay un sitio que no recuerde un poema de amor, un combate glorioso, un lugar del paraíso con que sueñan los árabes, ó del cielo á donde eleva sus oraciones el pueblo de Isabel la Católica?

Asuntos halla, por lo tanto, sobrados la imaginacion de ménos valía para escribir narraciones españolas y americanas.

Se necesita únicamente sentirlas, haber viajado por América y ser español.

Si pudiese empaparse la pluma en el corazon, las líneas de este libro abrasarian como la lava del volcan y expresarian algo más de lo que mi pluma ha podido toscamente manifestar.

¡Quién supiera escribir! como dice mi buen amigo Campoamor en su más popular *dolora*.

EL AUTOR.

Madrid, 1886.

PRIMERA PARTE

NOTAS POPULARES

LA PETENERA

Hay un canto en Andalucía, sentido, original, con algo de melancólico y mucho de expresivo.

En aquel país de flores y de mujeres bonitas, de ricos vinos y de ingeniosas ocurrencias, la petenera, cancion del pueblo, áy que sale de todos los corazones y que lanza al aire la chula en su blanca vivienda y la señorita en su dorada sala, aquélla al movimiento de las cuerdas de una guitarra, al de las teclas de un piano ésta, la petenera se escucha donde quiera y es la nota característica de las alegres fiestas andaluzas.

El que haya visitado Sevilla, con su Giralda, su Alcázar y su Torre del Oro; Córdoba, con su mezquita, su liceo y sus campos; Granada, con su vega y su Alhambra; Jerez, con sus bo-

degas; Cádiz, con sus casas blancas como copos de nieve; Jaen, con su *cara de Dios;* Málaga, con su puerto, sus pasas y sus vinos; Almería y Huelva, con sus minas; Sanlúcar, con su playa y su manzanilla; la Isla de San Fernando, con sus salinas; las poblaciones todas de Andalucía, con aquel cielo tan alegre y tan puro que recuerda el de América, con aquellas mujeres tan hermosas, de mirada viva, cabello negro, cutis suave, rasgados ojos y pié menudo; el que haya visitado aquel país habrá sentido más de una vez un extraño estremecimiento al oir los cantos característicos de la que llaman *tierra de María Santísima.*

***

En una ocasion, cuando al mediar la noche de un dia de verano atravesaba las calles de Sevilla buscando en el puente que va á Triana el fresco de que era imposible disfrutar en el aristocrático centro de la villa, al pasar por una de las casas del clásico barrio de la gente de rompe y rasga, una voz dulce, vibrante, que algo tenía de un canto de ángeles, llegó á mis oidos como una vibracion de los sentimientos del alma.

La curiosidad me movió á acercarme hacia donde salia la voz.

A merced de la luz de la luna que por entero

bañaba la cara de una mujer hermosa, vi unos ojos rasgados, una tez morena y un cabello tan negro como las sombras de una noche de invierno; los de la *cantaora,* envuelta en un traje clarin encarnado y blanco. Llevaba unas lindas rosas en la cabeza, y con los dedos de sus manos rasgueaba las cuerdas de una guitarra.

De sus labios continuó brotando la armonía de ántes y pude escuchar muy distintamente esta petenera:

Cuando tú me hayas matado,
cuando yo no exista ya,
cantándome peteneras
que me lleven á enterrar.

Aprendí la copla de memoria, y la fisonomía de aquella mujer que no se me borrará nunca del corazon.

Seguí mi camino, y despues de haber dado algunas vueltas, el cuerpo, más fatigado por el insomnio que por la pesadez del calor, me obligó á buscar el hotel de Londres en donde á la sazon me hospedaba, y me metí en la cama bajo la agradable impresion de aquella cancion escuchada, de aquella mujer como la fantástica creacion de un poeta, contemplada entre una luz de plata, unas flores hermosas y unas notas sentidas.

***

Pasó el tiempo—que todo pasa, hasta el dolor y la agonía—y pasó un año. Salia de la Alhambra de Granada. Habia sido invitado á una fiesta celebrada allí en honor de un poeta que habia obtenido el triunfo en un certámen.

Nada más grande que aquel monumento que tan de manifiesto pone los adelantos de la arquitectura árabe y su riqueza y su brillantez.

La Alhambra de Granada es el palacio de los sueños de las *Mil y una noches*, la fantasía de las tradiciones árabes, el mundo viviente de los recuerdos de la reconquista de España por los hijos de Pelayo y Witiza, el mismo alcázar sobre cuyos muros ondeara el pabellon cuyos colores hirieron por vez primera los ardorosos rayos del sol espléndido de un nuevo mundo.

Todo eso y algo más es la Alhambra que con admiracion y entusiasmo visitan las personas más ilustradas de todas partes.

Nada se diga de aquella inmensa riqueza de colores, de aquellos cincelados techos, de aquellos mármoles, ni del patio de los Leones, ni de las ojivales ventanas de la morada suntuosa de los antiguos reyes moros. ¡Se ha cantado por tantos vates, la han esculpido tantos buriles, y la han copiado tantos pinceles!...

Pero volvamos á mi cuento.

Iba pensando en la era de grandezas que

empezó para España desde que se hizo dueña del último baluarte de los árabes en la tierra de Fernandez de Córdoba y de Cid Rodrigo, y revolviendo iba en mi memoria las páginas gloriosas de aquellos tiempos, y se me presentaba con todo el vigor de sus tonos, bellezas de coloridos y dibujo admirable el cuadro de Pradilla que, como una de las más preciadas joyas de la pintura moderna, figura en el salon de conferencias del Senado español, *La Rendicion de Granada.*

Entré por una calle, cuyo nombre no recuerdo—tan abstraido estaba en los panoramas de mi fantasía,—y los ayes y los sollozos y la siniestra luz que salia de una ventana baja de par en par abierta, me sacaron de mis febriles meditaciones.

Como por un resorte movido me acerqué allí, con una inexplicable inquietud, apartando inmediatamente la vista del tétrico cuadro que contemplé lleno de pena.

La mujer de la petenera, la de las rosas, la de los ojos y el cabello negro que habia visto en Sevilla, yacía—con el sello que marca la muerte en los rostros—en un estrecho ataud, tambien cubierto de flores y regado por las lágrimas de dos mujeres y de un hombre que salió de pronto y como trastornado de aquella casa.

El interés pudo en mí más que otro miramiento cualquiera, y deteniendo al hombre—mozo de pocos años—le pedí informes de la muerta.

El jóven, á impulsos de esa corriente del momento que nos hace comunicativos en las grandes desgracias con las personas que se interesan por lo que adoramos, me contó una historia de amor en unos cuantos sollozos y algunas palabras.

Aquella mujer que habia cerrado por siempre los ojos á la luz del dia—bajo el tupido velo de sus largas y espesas pestañas—habia sido juguete de un hombre por quien sentia una adoracion parecida á la que profesaba ella á la Vírgen del Cármen, de cuyo hábito estaba amortajada.

Le pasó lo que á tantas y lo que á tantos: fué engañada. El ídolo de su corazon le mintió un cariño que sentia por otra con quien se unió para siempre.

Soledad, que así se llamaba la *cantaora* de la petenera que escuché en Sevilla, abandonó este punto en seguimiento de su novio, y fué á Granada.

Su viaje fué inútil. Su novio se casó al poco tiempo con una labradora de la vega, y Soledad, muerta de pena, se murió al fin y al cabo

realmente de un mal contra el que nada pudo hacer la ciencia médica para conjurarlo.

El jóven por quien todo lo supe era un amante desdeñado de Soledad.

Se separó de mí como presa de una enajenacion mental, estrechando mi mano contra las suyas calenturientas.

Corrí tras él temiendo por su razon, y al doblar la esquina me estorbó el paso un cortejo fúnebre. Era el entierro de Soledad. En aquellos momentos pasaba el féretro por la casa de la mujer de su antiguo amante, en donde con risas y algazara se celebraba el bautizo del primer hijo de aquel matrimonio, y entre el ruido que hacian al chocar las copas de vino se oyó al compás de una guitarra una petenera que decia así:

Cuando tú me hayas matado,
cuando yo no exista ya,
cantándome peteneras
que me lleven á enterrar.

LA MILONGA

Es el canto popular de las Repúblicas del Plata, original, sentido, eminentemente criollo.

Es preciso escucharlo para poderse formar idea de la melancolía expresiva de sus notas.

Las guitarras que pulsan los cantadores gimen no ménos que las coplas que salen de los labios de los *milongueros*.

Los cantos son la voz de los pueblos, la voz del alma de sus hijos, y los argentinos y uruguayos, como buenos americanos, la tienen muy sensible y muy bien templada.

La *milonga* es el canto más generalizado en las Repúblicas Argentina y del Uruguay y el más genuino.

Sucede en esos hermosos países del Plata algo de lo que ocurre en nuestra España: las provincias que lo componen tienen sus cantos, completamente diferentes unos de otros, si bien domina en todos ellos un marcado y profundo sentimiento.

La *milonga* tiene algunos puntos de semejanza con las *saetas*, que muy especialmente en las cárceles de las ciudades andaluzas cantan los presos en el Viernes Santo.

El plañidero acento de los *milongueros* llega derechamente al corazon del hombre más rudo ó ménos impresionable.

En más de una ocasion he visto á los *gauchos* más fuertes verter lágrimas al escuchar una *milonga*.

Yo no he sentido nunca al oir la Patti, la Theodorini ó Gayarre, el singular estremecimiento que experimenté cuando llegó á mis oidos por vez primera el canto popular de Buenos-Aires, dulcemente arrullado por las brisas de los desiertos de las Pampas.

La *milonga* participa tambien un poco del cante *jondo* de Andalucía, de las tristes cuanto sentidas notas que el *macareno* entona en una de esas noches de luna que fantasean la Alhambra de Granada, el Generalife, la Torre del Oro, el Alcázar ó la Giralda de Sevilla, la

antigua Mezquita y las ermitas de Córdoba, que celebró en estrofas tan inspiradas Fernandez Grilo.

El estro de los poetas naturales, de los fáciles improvisadores, campea en la *milonga*.

Durante horas enteras el *milonguero* canta sin darse apenas punto de reposo, y *paya* siempre sin fatigarse, sin detenerse un segundo en contestar á su contrario.

Los *payadores* son algo así como los trovadores de que habla la historia novelesca de la Edad Media.

Más correctos aquéllos, pero tan espontáneos éstos, ambos tienen semejanza entre sí.

El trovador cantaba historias de amores y hechos de guerra al son de su laud, en un lenguaje más correcto, pero no con ménos poesía. El *payador* de las *milongas* narra siempre su propia historia, los sentimientos de su alma, las emociones que experimenta, de manera tiernísima, con versificacion y con frases la mayor parte de las veces poco cultas, pero siempre inspiradas, y arranca de las cuerdas de su guitarra ayes del corazon que simulan quejidos.

Hubo en todos los tiempos *payadores* insignes, *milongueros* muy populares, y al nombre celebrado de Santos Vega, que va de boca en boca en el pueblo argentino, se une en la ac-

tualidad el de un *moreno* que admiran y aplauden muy justamente, con gran entusiasmo, las dos Repúblicas que baña el ancho Plata con sus aguas.

Gabino Ezeiza es hoy el primer cantador de *milongas*, el *payador* más incansable y más fácil.

Ha *payado* en Montevideo, cantando allí las glorias de sus hijos y los hechos más culminantes de su historia, y ha *payado* en la capital de su país natal *contendiendo* con los más reputados *payadores* de la República Argentina, y expresando en versos conmovedores, entonados al son de su *vihuela*, el amor á su patria y la admiracion por sus grandes poetas.

En una de sus últimas *payadas*, parte del edificio en donde *gorjeaba* sus *milongas* empezó á derrumbarse al peso de tanta gente como se habia aglomerado en una galería alta, ávida de escuchar á Gabino Ezeiza.

No hubo que lamentar desgracias personales; la galería fué desalojada en el acto, y en el momento mismo del suceso, que arrancó un prolongado ¡ay! de los concurrentes, el *moreno* alentó á todos en unas cuantas *milongas* improvisadas seguidamente, y detuvo con su mágico acento á los que se agolpaban en la puerta y huian, evitando Gabino Ezeiza las terribles

desgracias que semejantes atropellos siempre ocasionan en esos casos.

Allí estaba yo, allí pude admirar de un modo cierto la viva y penetrante imaginacion del *moreno*, cuyos ojos centelleaban, al cantar sus *milongas*, como focos de luz en su cara, que, con ser muy oscura, brillaba de manera extraordinaria, reflejando los rasgos más ardientes de su meridional fantasía.

Gabino Ezeiza es el Juan Breva de los pueblos del Plata.

***

En el año 1860, los cantadores de *milongas* parecian multiplicarse en la República Argentina. La aficion aumentaba, y el espíritu patrio enardecido buscaba sus manifestaciones de todos modos.

Los *gauchos*, esos libres señores del campo, entonaban, así como himnos patrióticos, las *milongas* más inspiradas y más sentidas, que sus *chinas* escuchaban entusiasmadas y enseñaban á sus pequeños.

Por entónces, y en uno de los pueblos más importantes de la República Argentina, se anunciaba la aparicion de un célebre cantador de *milongas*, que habia logrado fama extraordinaria en todo el país, y á su nombre se unia el

de otro no ménos insigne, que habia apagado los fuegos de más de un *milonguero* ó *payador*, que todo viene á ser lo mismo.

Se preparaba un torneo interesante.

De muchas leguas á la redonda habia acudido gente á presenciarlo.

Las justas de *milongas* adquirian por aquellos tiempos un carácter terrible; eran luchas tremendas, en las que ambos contendientes ponian á contribucion sus inteligencias violentando sus facultades, y duraba noches y dias enteros la pelea.

Las más de las veces concluia la fiesta como el Rosario de la Aurora, y los dos contrarios, despues de haberse batido con sus guitarras y sus canciones, se armaban de su faca y se asestaban duros golpes, que iban derechos al corazon que habia sentido las *milongas*, aquellos cantos que un rato ántes habian aglomerado lágrimas abundantes en los ojos de los oyentes.

El torneo de los cantadores tuvo lugar al fin. Los periódicos anunciaron con la debida anticipacion el dia, la hora y el local donde habia de celebrarse. Todo estaba dispuesto, y los agentes de la policía, situados convenientemente, se hallaban encargados de mantener el órden á toda costa.

Los gladiadores se presentaron en la pales-

tra con la guitarra en la mano y la sonrisa en los labios.

El numeroso público, que esperaba su presentacion en el tablado dispuesto *ad hoc*, saludó con una salva nutrida de aplausos la aparicion de los *milongueros*. Eran éstos dos arrogantes mozos de ojos vivos, fisonomía agradable y expresiva y muy buen talante.

Una mujer de tez morena y mirada de águila seguía con la vista los movimientos del público y los del más alto de los cantadores.

Empezaron á *contender*. A la aguda *milonga* de uno contestaba el otro con el mismo ingenio.

Ya celebraban los concurrentes las oportunidades de un improvisador, ya las de otro.

Ambos rayaban á grande altura, y ambos tenian una palabra, una frase, un verso asomado á sus labios para cuando les tocaba su vez, contestándose á sús coplas de *contrapunto* con una prontitud verdaderamente pasmosa.

El auditorio estaba entusiasmado, más aún, electrizado ante aquel pugilato de titanes.

Pasó una hora, y dos, y tres, y cuatro. Nadie se movia de sus sitios, y los *payadores*, no ménos que el público, continuaban en sus puestos con la frescura del primer momento y la sonrisa que asomaba á sus labios al presentarse en el lugar de la fiesta.

Pero aquella contienda se prolongaba indefinidamente. El amor propio de los que luchaban se iba excitando cada vez más. A las coplas de cortesía siguieron las de una violentísima ostentacion de ingenio, y á éstas, otras en que se *tiraban á dar*, en que la agresion se iba manifestando muy claramente, y el reto iba tomando el carácter de desdén ó de insulto.

Muy luégo el público tomó parte en la lucha, dividiéndose la reunion entre los dos cantadores, á quienes iba faltando el aliento para prueba tan dura.

Se cruzaban fuertes apuestas é imprecaciones agrias.

Empezó á iniciarse el tumulto, y el delirio de los aficionados á las *milongas* se acentuaba mucho.

Los cantadores seguian impertérritos en su fatigosa tarea.

Aquella situacion era indudable que no podia prolongarse mucho.

Podia notarse por momentos que faltaba ya el ánimo á los cantadores, quienes se esforzaban inútilmente en seguir *contendiendo*.

Alentaban unos á los famosos *milongueros* á que siguieran sin interrupcion, haciendo un esfuerzo supremo. Miraban otros ya con ojos de conmiseracion á aquellas víctimas de la mú-

sica popular argentina, y les pedian á voces que suspendieran las *milongas*, y los *payadores* seguian, seguian, sin darse cuenta de lo que hicieran, como unas máquinas movidas por el vapor de aquella atmósfera que les iba asfixiando, y al impulso inconsciente de la espantosa fiebre que se habia apoderado de ellos. Su excitacion era temible.

La congestion amenazaba sus calenturientos cerebros, en los que buscaban con avidez más imperiosa que la resistencia de sus extenuadas imaginaciones, asonancias y consonancias para seguir aquella batalla de coplas improvisadas.

El subido color de sus rostros se iba apagando como la luz que, por haber gastado en corto plazo sus elementos de vida, anuncia poco á poco su pronta extincion, palideciendo visiblemente.

Se aproximaba la crisis.

El cantador á quien tan significativamente habia mirado al entrar aquella hermosa trigueña que hemos visto al comenzar el relato de esta célebre justa de *milongas*, por un movimiento instintivo de propia conservacion iba á retirarse de aquel tablado que se iba pareciendo al en que se colocan los reos que deben ser ejecutados, y al encontrarse con los ojos de su *china* y escuchar el rugido de satisfaccion con que cele-

braban el triunfo de su contrario los partidarios que le alentaban de continuo, recobrando ficticias fuerzas, balbuceó esta copla:

Aunque me falte el aliento,
no me falta corazon
para morir *contendiendo*,
pero derrotado no.
Adios, Pampa de mi vida,
adios, amada mujer;
todo para mí se acaba,
todo, ménos mi querer.

Y cayó exánime el cantador, asido fuertemente á las cuerdas de su guitarra, que saltaron al mismo tiempo que se escapaba el alma, que le habia comunicado su sentimiento, del cuerpo desplomado en la tarima.

Así murió tambien Santos Vega.

Una mujer corrió despavorida, llegó al sitio en que exhalaba su último suspiro el cantandor de *milongas*, y permaneció largo rato abrazada á su cuerpo. Al ser retirada de allí, salió cantando y repitiendo la última copla que habia dicho su amante.

Habia perdido la razon.

***

Por las calles y plazas de las ciudades, pueblos y *estancias* (grandes establecimientos de

campo) de la República Argentina iba una hermosa mujer cantando *milongas*. Tenía marcadas en su rostro las huellas del dolor. Todo el mundo se condolía de su desgracia, inspirando atrayente afecto y despertando gran interés su desdichada historia y el orígen de su incurable mal. Era la amante del *payador* muerto en la justa narrada ántes.

La conocian por *La Milonga*.

LA JOTA

Entre los cantos característicos de España figura en primer término la jota, que ya se canta en la Rioja, ya en Navarra, ya en Aragon.

La de este último país, formado por las tres provincias que en un tiempo constituyeron un reino, es la que más se conserva hoy, la que tiene más variantes y, sobre todo, mayor número de aficionados.

Como todas las jotas, abunda en notas alegres que llenan el corazon de gozo y ensanchan el alma.

No se puede oir la jota aragonesa sin experimentar una sensacion agradable.

Es de ver las rondallas, patrullas de mozos

que con bandurrias y guitarras atraviesan las calles de los pueblos aragoneses cantando la jota con voces sentidas y vibrantes, moduladas y hermosas.

¡Cuántas y cuántas veces, cuando todos duermen, casi al rayar la aurora, se escucha, en medio de un profundo silencio, la jota aragonesa, cuyos acordes recoge la noche en su manto de estrellas y los eleva hasta el cielo para llevar allí un canto más de gloria!

La jota aragonesa es el himno de la devocion y del heroismo.

Cantando la jota levantan los aragoneses un altar en su pecho á la Pilarica, y entonándola van á la lucha cuando la patria reclama su esfuerzo.

Aragon está lleno de grandezas que han podido cantarse en todos los tonos: el poema del amor en Teruel, el de la religion en el Pilar, el del valor en las calles de Zaragoza.

La leyenda ha encontrado uno de sus mejores asuntos en la Campana de Huesca.

País hermoso y risueño el de Aragon, y uno de los que llevan mejor impreso el sello característico provincial, no ha perdido sus antiguas costumbres, sus trajes y sus fiestas, ni su franqueza, que lo ha hecho célebre.

Los *baturros* de hoy son los de siempre; los

honrados hijos de Zaragoza, de Teruel y de Huesca; los hijos del pueblo, que dicen siempre lo que sienten, y sienten en sus almas ideas grandes y generosas que los dignifican y los hacen simpáticos.

Tienen la sencillez del niño y la entereza del hombre honrado.

Sus cantos son ecos de gloria, armonías de sentimientos puros y elevados, notas del corazon.

La jota aragonesa es la poesía de Aragon, de sus campos, de su leyenda y de su historia.

Las cuerdas de las guitarras y las bandurrias vibran pulsadas por los aragoneses como las fibras del corazon.

***

En los dias de fiesta y al compás de la jota bailaba con los mozos del arrabal de Zaragoza una linda muchacha que contaba apenas veintidos años. Empezaba el año 1809.

Los franceses, que acababan de dominar el mundo con sus armas, habian impuesto un rey á los españoles. D. Fernando VII habia salido desterrado de España, y sus hijos habian lanzado á los aires ese mágico grito que ha llevado siempre al heroismo y á la lucha desesperada

á los animosos descendientes de D. Pelayo: ¡Viva la patria!

Napoleon I habia soñado en sus triunfos con la conquista de un pueblo de leones, que como tales clavaron sus garras en el coloso del siglo y lo arrastraron á la isla de Santa Elena, donde acabó su poder y su vida.

De aquella raza era la niña que se entregaba á los placeres de la danza en las fiestas que de ordinario se organizaban en el sitio que llevo dicho.

Como la mayor parte de las zaragozanas, se llamaba Pilar, y el apellido no hace al caso. Era la alegría de su padre y de su novio, con quien debia casarse en aquellos dias.

Pilar contaba por instantes el ansiado momento de su enlace, y su futuro esposo por segundos. Y á fe que éste se merecia muy en justicia todo el cariño de su novia, que era gallardo el mozo y tan trabajador como bueno y devoto de la patrona de Zaragoza, á quien hicieron los aragoneses su bendito caudillo en esta copla que no ha dejado nunca de cantarse:

La Vírgen del Pilar dicen
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

El que iba á ser marido de Pilar se llamaba Manuel y, segun me han dicho y reza en las crónicas, era de la familia que tuvo la gloria de contar en su seno á la inmortal heroina del primer sitio de Zaragoza, Agustina Zaragoza, que tuvo por digna competidora á Manuela Sancho.

Los franceses, al mando del general Moncey, se aproximaron á Zaragoza, que á la primera noticia de aquel movimiento se preparó para la defensa de una manera imponente.

Todas las salidas se fortificaron. Los conventos y los edificios públicos de mayor resistencia quedaron convertidos en fuertes.

Cada bocacalle, cada casa y hasta cada piso era un parapeto.

Los bosques, árboles y ramajes espesos de los alrededores de Zaragoza que pudieran servir de trincheras á los enemigos quedaron talados.

Palafox tomó el mando en jefe de la guarnicion y de los paisanos.

Empezó la epopeya.

Era el 11 de Enero de 1809.

Moncey rompió las hostilidades contra Zaragoza, á la que cercó en regla, dando órden de que se abriesen las bocas de fuego de los instrumentos de guerra. Los cañones de los franceses

empezaron á arrojar bombas sobre aquella ciudad otra vez heróica.

La resistencia fué tenaz; era una resistencia zaragozana.

***

Las cosas estaban dispuestas, y el dia precisamente en que las fuerzas de Napoleon dispararon el primer tiro sobre Zaragoza, en el segundo sitio, era el que estaba designado para el enlace de Pilar y Manuel. La ceremonia no se aplazó.

Los dos amantes vieron llegar al fin y al cabo el suspirado dia. El sacerdote bendijo la union.

Pilar tuvo que correr al lado de su padre, quien se habia agravado de un mal que de antiguo padecia.

Manuel la acompañó hasta la casa de éste, y quedando en volver tan pronto como se hubiese presentado ante el capitan de su compañía para saber el punto en que debia cumplir como bueno al primer aviso, se separó de su esposa con una extraña sensacion, difícil de explicar. Era dueño de la mujer á quien tanto queria y se le presentaba la ocasion de engrandecerse á sus ojos luchando por la patria, á la

que tanto amaba, y de disputarle á los franceses á Zaragoza.

Al presentarse á su jefe habia sonado el primer tiro del enemigo y le señalaron puesto de honor. Allí debia permanecer ántes que nada. La patria era Pilar, Zaragoza, el hogar, la familia, todo, y allí se estuvo sin pensar en ir al lado de su esposa, cuyo padre seguia luchando con la muerte.

Nada se diga de los prodigios de valor de aquel sitio. Thiers y Rognat, y cuantos escritores franceses se han ocupado de él, han declarado que despues del de Sagunto y del de Numancia no hay en la historia nada que se le parezca siquiera.

Palafox, digno jefe de aquellos valientes, le dijo entre otras cosas á Moncey cuando intentó proponerle una capitulacion:

—»Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor.»

El mariscal Lannes, que sustituyó á Moncey en el mando del ejército sitiador, le escribia á Napoleon I:

»Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha.»

Entre ellas se hallaba Pilar.

Eran las doce de la noche. Su padre habia espirado en sus brazos. Manuel no habia vuelto. El fuego de cañon se habia generalizado; aquel ruido infernal no cesaba un momento. Pilar, fuera de sí, salió á la calle como una loca y encaminó sus pasos maquinalmente hacia la primera brecha que encontró. Estaba llena de cadáveres y de escombros, sobre los que se apoyaban unos cuantos que habian sobrevivido á la hecatombre. Un hombre yacía en tierra exhalando sus últimos suspiros y destrozado el pecho por un proyectil. Una bala enemiga ponia fin á la existencia de aquel mozo en sus primeros y mejores albores.

Un grito agudo, penetrante, espantoso se escapó de los labios de Pilar, que más hermosa que nunca en aquellos supremos momentos, con el cabello suelto, la vista extraviada y los brazos abiertos rodeó con ellos el cuello del moribundo, cuyos ojos, medio cerrados ya por la muerte, hicieron un supremo esfuerzo para abrirse, contemplar por última vez á Pilar y enviarle en una mirada su alma.

Pilar selló los labios de su esposo con un ardiente beso. Manuel pareció revivir al contacto de tanta vida escapada de los labios de aquella mujer tan bella, y levantó la cabeza

para dejarla caer nuevamente y no volverla á levantar ya nunca.

Pilar regó con sus lágrimas aquel cuerpo yerto y permaneció entre él y aquellos escombros y bajo el fuego del enemigo. Le quitó el fusil á Manuel y peleó con el valor de la desesperacion sin ceder á sus adversarios un palmo de terreno. Los franceses intentaron por allí, como por todos los arrabales de la ciudad, hacerse camino, y algunos destacamentos que se atrevieron á probarlo fueron rechazados. Al fogonazo de los disparos, despreciando el mortífero fuego del enemigo, custodiando un cadáver se veia una mujer que semejaba el ángel exterminador, teñido el cuerpo de sangre, ennegrecido el rostro por el humo de la pólvora, oprimidos los labios y lanzando centellas por los ojos. Era Pilar, ante cuya presencia sola retrocedieron muchos franceses, estupefactos, llenos de asombro ante aquella fiereza tan hermosa.

Las primeras luces de la aurora con sus dulces y poéticas tintas, esas que en los tiempos de paz despiertan al labrador que va con su arado á cultivar los veneros de riqueza que la tierra ofrece, iluminaron un cuadro terrible, desolador, horripilante.

En medio de un monton de ruinas veíanse

dos cuerpos unidos por los helados lazos de la muerte. Uno era de mujer, otro de hombre. Ambos tenian el pecho atravesado de un balazo. La mujer estaba abrazada al hombre. Eran dos desposados. Sus cuerpos descansaban en aquel espantoso lecho nupcial que la suerte les preparó en su noche de bodas. Pilar y Manuel dormian por siempre acariciados en sus amores por el eterno sueño de la gloria.

LA ZAMACUECA

El baile popular de Chile y de todo el Pacífico se acompaña con una música muy bella y muy animada, que, como todas las de América, tiene un marcado sentimentalismo que sobresale en sus notas.

La *zamacueca* no es sólo el baile del hijo del pueblo.

Apenas hay familia en el Pacífico, y muy principalmente en Chile, que no lo baile.

Como la *habanera*, está la *zamacueca* suprimida en los programas de los grandes bailes; pero no hay *soirée* íntima en donde no se escuchen los acordes de tan graciosa danza.

Es de ver el donaire especial con que la chilena baila la *zamacueca*, secundada por su pareja, y mucho más si ésta es un *roto*.

El *roto* es el hombre del pueblo, de temple, de ingenio, de imaginacion chispeante.

Se bate como bueno contra el enemigo, se halla siempre dispuesto á esgrimir su cuchillo frente á cualquiera que le dispute su valor y su hembra, y es generoso, noble y leal.

Tiene mucho de nuestros *guapos* andaluces y nuestros bravos aragoneses. Ni cede en su demanda, ni retrocede ante el peligro.

Ese es el *roto*, digno de tanto estudio como afecto, el que baila tan bien la *zamacueca*, siguiendo los movimientos de retroceso y de avance de su pareja.

La mujer y el hombre, frente la una del otro, con un pañuelo cada cual en la mano, que agitan con gracia en el aire, van dando vueltas por el salon con un paso muy semejante al de la *habanera*, la sonrisa en los labios, cimbreando suavemente el cuerpo, al mismo tiempo que se abrasan sus ojos en el fuego de sus miradas.

Chile es la tierra clásica americana de la cultura y la distincion, y esto se refleja notablemente en la *zamacueca*, baile excesivamente delicado, en donde no hay un solo movimiento grotesco.

La *zamacueca* es uno de los bailes más originales, no sólo de América, sino del mundo; no se parece á ninguno, y tiene, si acaso, en

su parte ceremoniosa, algo del de los primitivos araucanos, esos bizarros ascendientes de Chile, que fueron parte á que el valeroso Ercilla se inspirase y cantase sus glorias, enriqueciendo la patria literatura con un poema de estrofas tan inspiradas, tan hermosas, tan sentidas como *La Araucana,* en que el poeta tendiera el vuelo de su brillante imaginacion allá por las regiones en donde tiende el condor sus alas, rey del aire, que acaricia en sus giros las altas cumbres de los Andes, esos colosos admirables de la naturaleza sud-americana, que defienden la entrada de Chile por la República Argentina, amurallando sus fronteras de modo inexpugnable que no alcanzará nunca á llevar á cabo la ciencia militar moderna, y por donde atravesará la industria y el progreso la locomotora en muy breve plazo.

El *zortzico* que al son del tamboril bailan los guipuzcoanos á la falda de sus montañas, al pié de Somorrostro, en las cercanías de Durango, de San Sebastian y de Estella, algo tiene quizá de comun con la *zamacueca*, como algo de semejanza tiene tambien el carácter del guipuzcoano y del chileno. Amante el primero, hasta el delirio, de sus libertades, que tienen un altar en el venerando árbol de Guernica; entusiasta el segundo, hasta el frenesí,

de su independencia, desde sus abuelos, desde los tiempos primitivos del descubrimiento de América, ambos son de arraigadas creencias, de espíritu levantado y firme constancia.

La *zamacueca* sirve para conmemorar todas las fiestas, y muy principalmente aquellas del hogar en que se celebra un dia, una fecha, ó un suceso fausto para la familia.

El baile popular del Pacífico, ya se acompaña con el piano, que en la sala toca una bella criolla, ora con la guitarra, cuyas cuerdas pulsa en un *rancho*, ó en la blanca y modesta vivienda de un hijo del pueblo algun famoso *roto*.

***

¿Quién ignora la reciente y terrible lucha que sostuvieron el Perú y Chile? ¿Quién los combates por tierra y por mar que pusieron tan alto el nombre de ambos países?

América toda y Europa tuvo la vista fija en la antigua Arauco, y admiró las batallas de sus heróicos hijos, aquellos que cruzaron sus armas el año 1866 con nuestra España, y demostraron ser dignos de la madre patria por la ardiente y á la par generosa sangre que bulle en sus venas.

Esto se vió en la guerra del Pacífico, en la accion del Callao, allí donde el nombre de

Mendez Nuñez pasó para siempre con aureola inmarcesible á la historia contemporánea; allí donde el ilustre marino, gloria de España, hizo prodigios de valor ante la fuerte plaza del Callao, defendida con grande aliento por los preclaros hijos del Pacífico que opusieron tenaz resistencia á los buques de nuestra marina, á la misma que han saludado con cariño despues, con entusiasmo de hermanos, con el mismo afecto con que los españoles han hecho los honores correspondientes al pabellon chileno, con el mismo que han visto en la capital de la monarquía al insigne vicealmirante Lynch, que en la última guerra de Chile contra el Perú adquirió justa fama, y es sin disputa en aquella República una de las figuras más venerandas.

La guerra en que tanto se distinguió el célebre marino chileno fué rica en grandes episodios, muy principalmente por mar, en que los pueblos del Pacífico han llegado á una buena altura.

Al organizarse y disponerse para entrar en campaña los ejércitos peruano y chileno, se organizaron, como siempre ocurre, algunas fiestas íntimas en los hogares de los hijos del pueblo, y allí se despidió el hijo de la madre, el novio de la amada, y de su esposa el ma-

rido, bailando, acompañado de una guitarra, la *zamacueca*.

Un hermoso tipo de *roto* de los más *guapos* de la campiña de Santiago, más de una vez curtido en las nieves que cubren los Andes, con el cuerpo lleno de cicatrices de otras tantas heridas recibidas en alguna pelea, bailaba en un *rancho* la *zamacueca* con una mujer de muy negros ojos, no ménos que el cabello abundante que sujetaba en su cabeza, tez de un moreno pálido, cobrizo claro como el del *roto*, mirada viva y penetrante, menudo pié, blancos dientes, labios de grana y fisonomía inteligente.

Los dos amantes, que así lo eran, iban á separarse al rayar la aurora. El *roto* partia á Santiago á incorporarse á su batallon; ella le seguia con el alma. El bello cuerpo de la chilena, en donde habia quedado en prisiones el corazon del *roto*, permanecia en aquellos campos.

Terminó el baile á las primeras luces de la mañana.

Habia llegado el término de aquel rato de dicha que con la oscuridad de la noche iba á desaparecer como una pasajera sombra, símbolo del placer, y á quedar disipada al calor de los rayos del sol ardiente de la América.

El blanco y fino pañuelo que habia agitado

durante el baile la campesina habia pasado como prenda de amor al *roto*, que lo guardaba en su pecho y lo oprimia fuertemente contra su poncho.

Se cruzaron las miradas de despedida, los fuegos más certeros de las batallas del amor, y un momento despues, una mujer anegada en llanto, colocada á la puerta de un *rancho*, seguia con la vista á un apuesto jinete que vestía el traje de los *rotos* y se dirigia á todo el correr de un ligero y pequeño caballo de pura raza americana á Santiago de Chile.

***

Las cercanías de Lima presentaban un aspecto desolador.

Lima, la capital del Perú, la tierra clásica de las minas de oro y de las mujeres hermosas, se veia amenazada de un rudo golpe.

Las tropas chilenas iban á apoderarse pronto de aquella ciudad, y con ella de las riquezas que encierra el Perú.

La suerte de las armas era adversa á los valientes peruanos, que se habian batido en muchas ocasiones con el delirio de la desesperacion y con el denuedo siempre hereditario en ellos.

La guerra tocaba á su fin. Se libraban las últimas acciones. El ejército peruano hizo

esfuerzos supremos para contener á los chilenos que, como una avalancha, venian sobre Lima con el firme y decidido propósito de apoderarse de la capital del Perú, resueltos á vencer toda clase de obstáculos y á concluir en plazo breve con su empresa, estrechando las distancias cada vez más.

Llegó el dia infausto para el Perú, aquel dia triste en que para los peruanos lucía sus rayos el sol que adoraban los incas envuelto en negros y espesos crespones; el aire que respiraban les ahogaba, y los ojos se les nublaban al ver las primeras tropas de Chile pisar las calles de Lima con las banderas desplegadas y la satisfaccion en los semblantes que oscureciera el humo de la pólvora, marcando en sus rostros el sufrimiento los grandes surcos originados por las fatigas de una ruda campaña.

¡Qué horrible pena!

Un cuadro de la guerra de esos que el pincel de un artista inspirado hubiese trasladado al lienzo con la vida y el sentimiento de la pintura, se presentaba en Lima á la entrada de las tropas chilenas.

Las pisadas de los soldados parecian resonar en las tumbas de un cementerio. Así lo juzgaban los peruanos, en cuyos pechos, devorados por el dolor, luchaban ideas muy contrarias.

Las guerras son tan grandes como horribles en sus manifestaciones y consecuencias.

La bala que atraviesa el pecho de un soldado hiere de muerte al mismo tiempo á otro sér ó á otros séres que allá en el hogar cifran en la pobre víctima de la patria su bienestar ó su dicha.

Al cubrir sus cuerpos con negras telas y llorar la pérdida del soldado querido, que poco tiempo hacía marchaba á la pelea lleno de vida, se aperciben de que su corazon ha muerto tambien y se cubre de sombras no ménos negras.

El de los peruanos estaba de luto, como los trajes de la mayor parte de ellos.

El batallon de aquel célebre *roto* que bailaba la *zamacueca* con su amante la noche ántes de irse á reunir á su fuerza en Santiago de Chile, debia ser èl primero en entrar en Lima.

El *roto* habia luchado como un héroe en la campaña, habiendo recibido varios ascensos frente al enemigo, en los mismos campos de batalla.

Formando contraste con las caras de los peruanos, se habia colocado á la entrada de Lima una hermosa jóven con el rostro resplandeciente de alegria y una ansiedad indescriptible pintada en él.

Era la amante del *roto*.

¡Qué gozo el de la jóven al vislumbrar los primeros soldados chilenos!

Se acercó aquel momento tan deseado para ella. Desfiló la primera compañía, despues la segunda, pasó la bandera, siguió pasando el batallon; pero el *roto* no aparecia.

A muy corta distancia de aquella fuerza, marchaba un carro, que se detuvo un momento frente á una casa, á donde trasladaron á un soldado que iba á lanzar el último suspiro.

Tenía los galones de alférez, y sujetaba con su débil mano, que, como su cara, se hallaba tinta en la palidez de la muerte, una honda herida en el pecho.

Tenía empapado en sangre un fino pañuelo que apretaba contra la herida.

La mujer que esperaba la entrada de aquel batallon que marchaba delante del carro, lanzó un grito desgarrador y se fué tras aquel desgraciado oficial.

Abundantes y gruesas lágrimas resbalaban por las mejillas de los que le llevaban en hombros y le metian en aquella casa, en donde fué tendido en un lecho.

Allí murió el alférez momentos despues, abrazado á la jóven que habia ido á Lima á presenciar la entrada del ejército de Chile.

Al dia siguiente se le dió sepultura, y en

premio á su valor se le hicieron al cuerpo del *roto* los honores que marca la ordenanza para los oficiales más distinguidos muertos en campaña.

El cadáver llevó al sepulcro el pañuelo con que oprimió su herida, y que no fué posible arrancarlo de la crispada mano que lo tenía.

Era el que habia recibido de su amante como prenda de amor la noche ántes de su partida, el que agitara en su mano ella miéntras bailó con el *roto* la *zamacueca*.

LA MUÑEIRA

Es preciso haber recorrido las hermosas campiñas de Galicia, aquellos panoramas de una naturaleza privilegiada, aquellas iglesias rodeadas de árboles, de montañas ó de riachuelos para comprender bien lo mucho que vale esa porcion de España que los hijos de Suiza confundirian tan fácilmente con su tierra.

Mucho se ha hablado de Galicia, pero la mayor parte de las veces con un desconocimiento casi completo de su fértil suelo, sus bellas hijas, la distinguida sociedad de sus capitales y todo aquel conjunto tan agradable de notas simpáticas y sentidas que presenta el país en donde es proverbial la honradez y el amor al trabajo.

Ese pueblo, como todos, tiene sus cantos y

sus bailes, las manifestaciones de su sentimiento, que no de una manera vulgar, como ordinariamente se cree, se traducen en una muñeira, cuyo aire no es monótono, y dice todo el poema de aquellos campos y expresa los impulsos del corazon, las historias de amor, la alegría y las penas.

Acompáñanse las muñeiras con las gaitas, característico instrumento de los gallegos, cuyo sonido es tan prolongado como los ecos que repiten tanta y tanta montaña en que abunda Galicia.

Mercedes, jóven de diez y ocho años, morena, hermosa y con unas trenzas tan largas que la llegaban hasta la cintura, cantaba de un modo especial las muñeiras.

Era una Patti en las muñeiras, una verdadera celebridad, no sólo en su pueblo, sino en toda aquella comarca, que no era otra que la formada por las *iglesias* y las aldeas de las pintorescas cercanías de Coruña.

Al lado de su aldea se hallaba una que á Mercedes le parecia el rincon más hermoso del mundo.

En ella habia nacido un mozo de buen talante, no ménos bueno que su carácter y sus ojos. Llámenle ustedes Juan, si quieren conocerle por su nombre.

Se habian conocido desde muy niños, y al aprender sus nombres habian aprendido tambien á quererse, y para aquellos rústicos aldeanos, que nada se les alcanzaba de los ceremoniosos amores de la ciudad, era su cariño el ídolo de su vida, al que habian levantado un altar en su pecho.

Se querian porque sí y se manifestaban con franqueza sus impresiones.

Al repartir entre el terruño y el ganado aquel amor sincero, se llevaba éste siempre la mejor parte.

Juan y Mercedes formaban un alma en dos cuerpos.

Aquella tierra en que habian visto por vez primera la luz del dia convida á querer, con aquel ambiente tan diáfano y tan puro, aquella lujuriosa vegetacion y aquellas limpias aguas que la bañan, como si necesitase de este perfil de encanto.

Nada más bello ciertamente que el Mero rodeado á ambas orillas de sauces, cuyas bellas y largas hojas ya tocan en las aguas, ya se trasparentan en ellas que semejan cristal clarísimo.

Allí creció y se desarrolló, al par que Juan y Mercedes, el amor inmenso que se tenian.

Mercedes, con la alegria en el rostro y la

dicha en el alma y del brazo de Juan, concurria á las fiestas de los lugares vecinos en donde era siempre solicitada para cantar sus muñeiras, que se habian hecho célebres en veinte leguas á la redonda.

Un dia los jóvenes deletreaban con angustia una carta y áun se la dieron al cura de *El Pasaje* para que la leyese dos ó tres veces, porque les parecia imposible que encerrasen aquellas líneas como un decreto de destierro y separacion.

Con efecto, Juan tenía un tio en América, único pariente cercano que le quedaba en el mundo.

Lo llamaba con toda urgencia, incluyéndole una letra de cuatrocientos duros, y tenía que partir. Era una órden expresa.

El autor de la carta vivia en Buenos-Aires. A fuerza de trabajo y de constancia habia reunido un capital, y á la sazon era dueño de un almacen magnífico de los que se conocen en aquel país con el nombre de Registros.

El tio de Juan, como tantos otros, habia ido á la República Argentina en busca de una fortuna, que por los medios que hemos dicho consiguió al fin y al cabo.

En esa New-York de la América del Sud, cuyo movimiento comercial es tan grande; en

esa hermosa capital que presenta todo el aspecto de las grandes ciudades del progreso moderno, pueblo vírgen y lleno de vida en donde encuentra la actividad del hombre un porvenir risueño y anchos y nuevos horizontes, le ocurre á muchos lo que al tio de Juan: llegan de jornaleros y pasan luégo á ser empresarios.

La pobre Mercedes lloró con lágrimas de sangre la partida de Juan, quien salió para Buenos-Aires en el primer vapor que pasó por Coruña.

El dia de la marcha fué para ellos, á pesar de la hermosa luz que irradiaba el sol en medio del puro azul del cielo, lo que el de todos los enamorados que se separan, oscuro, sombrío preñado de nubes y lleno de amargas tristezas.

El buque empezó á andar. Juan en la borda y Mercedes de pié en la lancha que le habia conducido al vapor, cada uno con su pañuelo en la mano, se dieron el saludo que agita el aire á la distancia.

Aquellos dos pañuelos que fueron blancos para todos, aparecieron como negros crespones á la vista de los amantes.

***

Mercedes se quedó sola con su tristeza, y cuanto le rodeaba, objetos y personas que se

moviesen á su alrededor, le parecian únicamente sombras de un pasado que embelleciera su existencia.

Con ansiedad indescriptible esperó la llegada de los correos, y estuvo á punto de caer exánime al encontrarse que no llegaba ninguna carta dirigida á su nombre, aunque supo perfectamente que el buque habia arribado felizmente y en él, en buen estado de salud, su ingrato novio, que de aquel modo pudo la desgraciada jóven calificarlo luégo.

Dudó aún y esperó de nuevo.

Habia ocurrido algo grave.

Esto pensaba Mercedes, y así era. El tio de Juan se estaba muriendo, cosa que supo por conducto de éste, que en los primeros momentos se ocupó sólo en correr á la cabecera del enfermo y no separarse de allí para nada.

El mal tuvo bastantes intermitencias y su vida se fué prolongando, siquiera fuese penosamente.

Mercedes, sin otro cuerpo del cariño de Juan que sus cartas, las estrechaba contra su pecho, se las sabía de memoria, las perfumaba con los suspiros de su alma y las empapaba en las dulzuras de sus lágrimas.

Se excusaba de ir á las fiestas de los pueblos cercanos, y cuando no podia evadirse de con-

currir á ellas, salian allí de su garganta notas de una marcada melancolía. Sus muñeiras eran ayes de una alma destrozada por el dolor.

Las hijas de Galicia quieren con el delirio de la vehemencia, con el vértigo indefinible de las grandes pasiones.

Juzguen nuestros lectores del estado de Mercedes al empezar á no recibir cartas de Juan.

Investigó, pero todo fué inútil.

Al cabo de algun tiempo de averiguaciones supo que ya no se hallaba Juan en América, sino enEspaña: ¿pero en dónde?

No tuvo calma para más y quiso ella misma salirle al encuentro. Preparó su modesto equipaje, compuesto de algunas mudas de ropa, de su inseparable gaita, recuerdo de su amante que tan bien la tocaba, y con sus ahorros y lo que le produjo la venta de su terruño se fué de puerto en puerto, como una loca, inquiriendo de fonda en fonda y poco ménos que de casa en casa. Los recursos se le acabaron; empeñó cuanta ropa llevaba, se quedó con la puesta, y reducida, por último, á la miseria, agarró su gaita y se fué de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad cantando muñeiras y procurándose el sustento y lo más preciso para seguir la peregrinacion que habia empezado con las mo-

nedas que le alargaban los transeuntes, movidos por la expresion de profunda tristeza de sus hermosos ojos y la de aquellas notas sentidas que brotaban de sus rojos y bellísimos labios.

Llegó hasta Madrid.

Era uno de esos crudos inviernos en que los pobres sienten como nunca el rigor del frio. La miseria horrible en lo moral se presenta en el invierno en toda su espantosa y asoladora desnudez. Hiela la sangre en las venas como la despiadada parca al desgarrar las ligaduras de la carne.

Mercedes, confundida entre ese pueblo bohemio que se agita en las grandes ciudades, luchando con el hambre y las intemperies, recorria sin cesar las calles, más herida por sus pesares en las fibras de su corazon que destrozada en la piel por la accion de la nieve.

En una noche del mes de Enero en que el hielo llenaba las calles de la villa del Oso y el Madroño, la pobre Mercedes, envuelta en un raido pañolon que apretaba contra sus ateridos miembros y colocada debajo de uno de los faroles que hay á la puerta del teatro de Variedades, cantaba muñeiras implorando de este modo la caridad de los asistentes á aquel espectáculo.

Entre la gente salió un apuesto caballero envuelto en un rico sobretodo de pieles. Llevaba del brazo una elegante y desenvuelta dama, á quien soltó de pronto yéndose como atraido por un imán secreto hacia el sitio en que se encontraba Mercedes.

Aquellas muñeiras sólo podia cantarlas ella.

A la luz del farol que bañaba su cara, y á pesar de las huellas que el sufrimiento habia marcado en la hija de Galicia, podia reconocerse á Mercedes.

La mendiga y el caballero lanzaron un grito, se arrasaron sus ojos en lágrimas y se abrazaron con efusion.

Aquel hombre era Juan. Su tio murió, y heredero de su fortuna, que realizó en seguida, volvió á Europa con una italiana que habia empezado á gastarle parte de sus bienes.

La muñeira fué el verdadero grito de su conciencia, adormecida por el filtro que habia bebido de los lúbricos labios de la *traviata* que lo acompañaba, durante un año. La muñeira le trajo á su memoria los felices recuerdos de su vida en la aldea, sus antiguos y puros amores, las infidelidades que habia cometido, la interesante y hermosa figura de su Mercedes, que se imponia á todo amor de un dia, á toda pasion de un momento, á todo vértigo de un

devaneo, y su corazon, que era noble y grande, le llamó á voces.

A los ocho dias se unian en santo é indisoluble lazo los dos amantes.

. . . . . .

. . . . . .

Mi amigo Gonzalez García es una apreciable persona que goza de grande y merecida reputacion en la Bolsa. Su firma es dinero. Respetables capitalistas de provincias y de Madrid tienen depositada en él su confianza.

El Sr. Gonzalez García habita un precioso *chalet* en la Castellana, y ántes de mi partida para América quiso que fuera allí para comer con él y presentarme á su señora, á quien no habia tenido el gusto de tratar.

Es una persona bellísima, que hace feliz á mi amigo, quien estima que no son nada los tesoros que encierra en sus arcas al lado del que tiene con ella en su hogar.

Despues de haber hecho los honores correspondientes á la suculenta comida y excelentes vinos que en la mesa fueron presentados, se sirvió el café. Hablé de los viajes y excursiones que como periodista habia hecho, y despues de habérsele dedicado un gran párrafo á Buenos-Aires, de cuya ciudad, así como de toda la República de que es capital, me habia hecho la

halagüeña descripcion que se merece el señor Gonzalez García, me puse á hablar de Galicia, y especialmente de Coruña, á la que, representando el importante diario democrático *El Progreso*, de cuya redaccion formaba parte, fuí cuando tuvo lugar la inauguracion del ferro-carril directo entre aquella ciudad y Madrid.

Los Sres. Gonzalez García eran gallegos y escuchaban con gusto la relacion entusiasta que les hacía de la Coruña y sus cercanías.

Hablé tambien de las gaitas y las muñeiras, y dije de estas últimas que para mí, lo que se cree por algunos cantos monótonos sin expresion alguna, dicen mucho y las hay que seguramente hablan al alma.

La señora de mi amigo, no ménos conmovida que su esposo, asintió á mis palabras y me dijo que, en prueba de que hablaban, iba á hacerme la historia de unas que habia cantado ella en otro tiempo, y me hizo entonces el relato que acaban de leer ustedes.

Los Sres. Gonzalez García son la Mercedes y el Juan de mi cuento.

LA GOMBA

Así se llama un baile paraguayo, que toma su nombre del instrumento con que se acompaña, no ménos típico que la danza.

La gomba es algo así como un tronco hueco, ó una barrica cubierta con una piel muy estirada; algo como nuestras *zambombas* de Noche-Buena.

Se toca dando golpes sobre ella con ambos puños en las más grandes, y con unos palillos en las pequeñas.

La gomba tiene su orígen en las costumbres primitivas de los *guarani*, los primeros pobladores del Paraguay, los señores libres del campo, los indios que levantaban sus tolderías á orillas de la laguna Ipacaray, los arrogantes Mbayáes guazú, que corrian por aquellas cor-

dilleras llenas de cocoteros y de palmas, por aquellas orillas cubiertas de amambays y de juncos, donde iban á beber tantos chajás y tantos mutús.

Mucho de la sangre de aquellos pobladores se conservaba indudablemente en las venas de los paraguayos y paraguayas que lucharon, con ciega fe y extraordinario entusiasmo, en aquella guerra memorable en la historia del Sud América, que se conoce con el nombre de la *Triple Alianza.*

Por espacio de varios años aquel puñado de hijos del Paraguay batalló con denuedo indescriptible haciendo frente á tres naciones, más poderosa y más fuerte cualquiera de ellas que el país de la laguna Ipacaray: la República Argentina, el Uruguay y el Brasil.

Las mujeres son tan sólo las que bailan las *gombas;* las mujeres del Paraguay, esas tentadoras americanas de ardiente sangre, vivos y penetrantes ojos y cuerpo flexible, que como las huríes del Profeta se nos presentan en su hamaca con el tipay y la sábana de ñanduty, especie de encaje de espuma que cubre su cuerpo, hasta cierto punto, adquiriendo muy justamente honores de verdaderas hadas.

La *gomba* tiene mucho en sus movimientos de la danza india.

Las bailadoras saltan que es un primor, dan vueltas y se agitan de una manera extraordinaria.

Los hombres, con los ojos clavados en los menores movimientos de las hijas de Eva, que rivalizan en resistencia, bailando sin más descanso que unos paréntesis hechos para beber algunos tragos de caña, celebran la agilidad de las bailadoras, que de cuando en cuando prorumpen en vivas á San Francisco, santo en cuyo honor tiene lugar la fiesta proverbial de la *gomba*.

La danza paraguaya tiene, por consiguiente, mucho de las fiestas religiosas de los pueblos paganos.

Lo que las sacerdotisas y las bacantes, hacen en la cálida tierra sud-americana que tiene por capital á la Asuncion las bailadoras de la *gomba*.

Sustitúyase el ídolo por un santo que representa á San Francisco; modifíquense un poco los movimientos de los bailes de aquellas fiestas sacras y semi-sacras del paganismo; trasládese el lector al patio de un rancho del Paraguay, y tendremos aquellas célebres bacanales de que nos habla la historia antigua.

De rato en rato se hacen los honores al *lunch*, vamos al decir, y los jóvenes ofrecen

roscas de maíz á las pollas, alternándolas con un poco de caña y otras menudencias tónicas y refrescantes; porque imagínese el lector lo que será bailar y agitarse de manera vertiginosa en una tierra abrasada por el sol de los trópicos, que apenas si permite que las damas de alcurnia lleven un ligerísimo traje de seda, que señala á veces hermosas formas que envidiaria el buril de la Venus de Milo.

Y á las copas de caña siguen las de licor de vainilla, y á éstas las lisonjeras frases de los caballeros y las miradas expresivas y prolongadas de las jóvenes, que entre la agitacion del baile y la que experimentan por la presencia de algun dueño adorado, se convierten en unas máquinas de nervios inconscientemente movidas por una fuerza superior é irresistible.

Es de ver, pero muy de ver, á las interesantes paraguayas, de tez ligeramente trigueña pálida, negros y hermosos ojos, abundante cabellera y fresquísimos labios, bailar la *gomba* con un afan indescriptible, con algo parecido al vértigo con que nuestras compatriotas bailan el wals corrido en los grandes salones de la más alta aristocracia.

El Paraguay es un país interesante por más de un concepto, y al europeo que lo visita, todo le atrae; su limpio cielo, su sol tan radiante,

sus costumbres; su corta, pero gloriosa historia, llena de rasgos de un heroismo numantino; sus mujeres llenas de fuego, de belleza y de vida; su exuberante vegetacion, sus hermosos rios, á cuyas orillas crece el bambú, sus fiestas y sus *gombas*.

Nada, por otra parte, más fantástico que la leyenda de la laguna Tapaicuá, que la forma el riachuelo cuyas aguas descienden de las cumbres del cerro Ibu y la reunion de arroyos tan importantes como el de San Lorenzo y el Jukyry, que se extienden por un espacio de cuatro leguas desde Tacuaral hasta más allá de Arcguá, donde nace el Salado que va al Paraguay.

Dice la tradicion que la laguna Tapaicuá, charco en un tiempo, creció una noche y sepultó en sus aguas una porcion de indios que vivian por allí entregados á los vicios más feos; catástrofe terrible que juzgaron los naturales del país como un justo castigo á la perversion de aquel pueblo, que sucumbió de pronto, de sol á sol, cuando dormia tranquilamente ó se entregaba tal vez á sus nefandos apetitos.

Y como quiera que se oyen de cuando en cuando por la noche ruidos y rumores muy raros que se parecen á la detonacion lejana de un cañon, de aquí que la supersticion de los

indios se robusteciera y creciese, y tomando aquellos sonidos por la voz de los dioses indignados que profetizaban el exterminio próximo y total de los guarani, huian despavoridos, si por acaso alguno se acercaba á pescar en las fatídicas orillas de la laguna Tapaicuá.

Así es la célebre leyenda paraguaya que relataron siempre los indios y le cuentan hoy al viajero que descansa por la noche en sus ranchos los hombres del campo, los legítimos herederos de las supersticiones de los primeros pobladores del Paraguay, los que conservan mucho de su carácter y no poco de sus alientos y su imaginacion fantaseadora.

Y sin darse uno cuenta, al escuchar la *gomba* y ver el baile y contemplar los ojos de las paraguayas, en los que se refleja el sol que adoraban los indios, viene á la memoria la historia primitiva del Paraguay, con sus misterios y sus hazañas, sus tradiciones y su leyenda de la laguna Tapaicuá.

No existe familia en la Asuncion, en Luque, en cualquiera de las ciudades, pueblos y aldeas del Paraguay, que no llore alguno de sus miembros muerto en el campo del honor en defensa del territorio en que viese por vez primera la luz del dia; como ninguna hay que no cuente entre ellos algun bizarro defensor de su

independencia, de su querida patria, de su hogar, de sus hijos ó de sus padres, en la guerra de la *Triple Alianza.*

Cuando el viajero, al visitar ese país, pequeño por su extension, grande por el aliento de sus hijos, jigante por sus hechos hermosos, mira una cicatriz, un miembro mutilado, un rostro curtido, una cabeza blanqueada en edad prematura, al acordarse de la última guerra siente su alma estremecerse, experimenta una sensacion inexplicable, y el primer movimiento instintivo es llevarse la mano al sombrero para saludar con veneracion á un esforzado patriota, á un héroe legendario, que hermosea muchas veces una belleza femenil, porque el soldado ha sido una mujer con toda el alma de los países americanos, con la misma que en la fiesta de San Francisco baila la *gomba* al son del instrumento que ya sabemos, con el mismo ardor que se arrojó sobre el enemigo en la guerra al sonido de los clarines y al estruendo de los cañones.

EL ZORTZICO

Es el canto sentido, enérgico y expresivo de un pueblo viril que, como el aragonés y el catalan, conserva en toda su pureza sus costumbres, su carácter, su fe, sus convicciones; de un pueblo entusiasta, para el que siempre tendrá la historia páginas en su elogio que llenar y la música valioso concurso que la enaltezca, enriqueciéndose con voces como la de Gayarre, que aplaude el mundo entero con frenesí.

El zortzico que cantan los vascos es el ¡ay! que lanzan naturalmente de sus almas, de sus levantados espíritus, prontos para acometer empresas de valor y de abnegacion por sus fueros, su patria, su religion y sus hogares.

El zortzico es algo así como el poema de

sus montañas, el de su independencia, la nota alegre de sus placeres y el desahogo de sus penas; en él cantan sus risas y sus lágrimas, las que, pugnando por salírseles á los ojos, logran al ménos escaparse por sus gargantas.

Como la mayor parte de los cantos del pueblo—si no todos,—las variantes del zortzico son muchas.

Los músicos han compuesto varios, casi distintos, y á fe que con las grandes variaciones que se introducen en ellos pierden todo el encanto de aquellas notas que se escuchan en las montañas, aldeas y campos de las provincias vascas al sonido del tamboril, que, como la gaita en Galicia, la guitarra en Andalucía y la bandurria en Aragon, la Rioja y Navarra, acompaña los cantos de los hijos del pueblo.

Y en Somorrostro, en las Amezcuas, en San Sebastian, en Bilbao, en los alrededores de Durango y de Estella, en donde á cada instante parece que aún se escucha el estampido del cañon ó el nutrido y continuado fuego de fusilería, esos terribles ecos pregoneros de destrucciones y de muertes, en esos sitios se confunden al par las notas del zortzico, prolongadas algunas, vibrantes otras, agudísimas y sentidas todas, con su tanto de expresion melancólica, con su mucho de melodía conmove-

dora, que á las veces dice, repite y recuerda una historia de amor ó de heroismo, cuyo desenlace revistió caracteres terribles, verdaderamente espantosos, en la última guerra civil, que llora todavía la industria, el comercio y la agricultura española, como lloró con lágrimas de sangre la primera de siete años, de triste celebridad en nuestra patria.

Nada más bello ni más poético en los tiempos de paz, al retirarse el labrador de las faenas del dia cuando se aleja el sol para dar luz y fuego á otro hemisferio y aparece la luna en el horizonte bañando con su pálida y argentina lumbre lo alto de las montañas, los campanarios de las iglesias, las copas de los árboles, acaso algun riachuelo de las provincias vascas, en la soledad de los campos, allí donde todo es silencio, de tanto y más contraste cuanto que ayer atormentaba aún nuestros oidos el pavoroso estruendo de la guerra; nada más verdaderamente encantador y deleitable que escuchar un zortzico á una larga distancia, primero como un rumor de muchas armonías, cerca despues, y perceptible y distinto, como un grito del corazon mezclado en el alma.

Es preciso ser de hielo ó de mármol tan frio como las nieves del Pirineo ó los desiertos

de la Siberia para no estremecerse y trasportar su espíritu á los mundos del sentimiento y de lo ideal, á los sueños arrullados por la cadencia de la estrofa y del ritmo, oyendo un zortzico al entrar la noche en los bellísimos paisajes que la naturaleza ofrece en las provincias vascas, llenas de vida, de calor, de frescura, de una entonacion vigorosa y espléndida.

¡El zortzico! ¡El zortzico! ¡Quién pudiera robar sus melodías, trasladarlas aquí y cantar su excelencia en estas páginas!

¿Qué más puede decirse del zortzico?

Es el canto del Norte de España con todo el fuego y la dulzura de los cantos del Mediodía.

LA HABANERA

La isla de Cuba es una de las porciones de América en que más se conserva el carácter y las costumbres de esos pueblos que abrasan los rayos de un sol ardiente y embellece una vegetacion lujuriosa y exuberante.

Cuba es la tierra de los ingenios y las hamacas, de la guayaba y de la habanera, de ese baile tan dulce como los frutos del país, el carácter de sus hijos y las tintas de su cielo.

Tiene algo del suave vaivén de la hamaca y algo tambien del tango.

La habanera cantada por una cubana es un sueño de sentimientos; bailada, un vértigo de ilusiones.

El compás reposado de la habanera enar-

dece y no enerva, levanta y no cae, despierta la fantasía y no adormece los sentidos.

Es un poema de ternura.

Se baila en todas partes, la canta todo el mundo.

¡Qué lindo tono, qué compás más *sui generis*, qué expresion más simpática!

En la isla de Cuba se llama danza; fuera, habanera. Todos la sienten y todos gustan de sus notas.

No hay cubana que no baile la danza, como no hay nadie que no ansíe bailarla con ella y ceñir con el brazo su cintura de mimbre.

Poco importa que se trate de que desaparezca en Cuba la esclavitud. Miéntras haya una sola cubana habrá siervos allí, esclavos de sus ojos y sus hechizos.

En la ya terminada guerra separatista, el ejército de la patria soportaba en el campo el fuego de los cubanos; pero no podia resistir en la poblacion el que salia de los ojos de las cubanas. Vencedor en la lucha con ellos, se rendia luégo con ellas á discrecion en la danza.

La música de la habanera es verdaderamente espiritual.

En España se tiene gran aficion á la danza, aunque ha desaparecido del programa de los grandes bailes.

En cambio, apenas si hay una zarzuela de costumbres que no cuente entre los números de su partitura una habanera.

Cuántas se hacen célebres por ellas y desde la noche del estreno la tararean ya los espectadores al salir del teatro, y las hacen populares los organillos y los pianos al dia siguiente.

Pocos hay de éstos en los cafés que no toquen una habanera.

Ha venido á ser como la sal y pimienta de los biktefs con papas, de las copas de rom, los chocolates con tostadas y los cafés.

***

Entre Cienfuegos y la Habana, mucho más cerca de este último punto que del primero, habia un ingenio de un opulento banquero de Cuba.

Entre las cañas y las palmeras habia nacido una hermosa niña que creció en años y fué de esas perlas que guardan las Antillas en su suelo como un tesoro y un portento.

¡Qué bella era la niña!

El sol de Cuba derramaba su luz en sus ojos; el mar habia reconcentrado su frescura en sus labios y las flores su perfume en su aliento.

No habia conocido su madre. La crió una

negra, y en aquel delicioso sitio, cercano á las aguas que bañan las costas de Cuba, se fué desarrollando la niña Amparo.

Se hizo mayor, y su padre la llevó entónces á la Habana, á esa ciudad en que la vida tiene tantos encantos y en que nada se echa de ménos.

Teatros de primer órden, excelentes hoteles, bailes magníficos, lindos paseos, todo se encuentra allí.

El padre de Amparo habia querido presentar á su hija á la sociedad cubana en un espléndido baile, dado en la suntuosa morada que poseia en la capital de la gran Antilla.

Allí concurrió lo más selecto de la culta y distinguida sociedad cubana.

¡Cuántas hermosas y elegantes damas y cumplidísimos caballeros!

Sobresalia entre todas Amparo, que vestía con una sencillez y un buen gusto que ponia de relieve su deslumbradora belleza, esa belleza tropical que en la naturaleza y en sus hijas ostenta Cuba, el país de los sueños de amor y de oro de los españoles.

Un jóven de porte distinguido y de fisonomía interesante y simpática llevó del brazo un buen rato y bailó la primera habanera que tocó la orquesta con la niña Amparo, cuyos

ojos cambiaban de vez en cuando sus miradas con las del mozo.

Este vestía un traje venerando para la madre patria: el uniforme de marino.

Ambos tenian el alma vírgen, y sus impresiones se dibujaban en sus rostros como en un cristal trasparente.

Cuantos allí se hallaban comprendieron muy pronto que aquellos corazones habian establecido entre sí inteligencias y afectos.

Pronto pasaron aquellas horas tan agradables para todos, tan breves para muchos y tan fugaces para Amparo y para el marino.

Terminó el baile, como terminan los sueños dulces, dejando un recuerdo vivo y embriagador que permanece por algun tiempo con el carácter de una realidad que se va poco á poco desvaneciendo, de una sombra que va perdiendo sus contornos y se va reduciendo á un punto negro casi imperceptible.

Así son las dichas del mundo, ráfagas que embriagan con el vértigo que produce su paso.

***

Los periódicos de la Habana dedicaron extensas líneas y columnas enteras al relato de un suceso, de esos que atraen siempre de un modo notable la atencion pública.

Próximo á la costa de Cuba habian desaparecido de un vapor mercante, en una noche de tormenta, dos pasajeros cuyo fin se ignoraba, aunque se presumia.

Algunos dias despues se supo que uno de los náufragos pertenecia á la marina de guerra é iba á la Península en comision del servicio.

Vanas é infructuosas fueron cuantas pesquisas se hicieron para dar con los náufragos.

Todo fué inútil.

Apareció por fin en letras de molde el nombre del marino. Por prudencia no se habia en un principio lanzado á los vientos de la publicidad.

Una preciosa jóven, en cuyas manos habia caído un diario, fué presa de un fuerte ataque cerebral.

Los recursos de la ciencia se iban poco á poco agotando. Aquella existencia amenazaba concluir, sin que fuese posible detenerla en su fin.

Un caballero moria de dolor al mismo tiempo que se iba acercando la muerte á la interesante y simpática enferma.

. . . . . .

. . . . . .

Era una noche tranquila para todo el que no sufriese los males morales del cuerpo y del

alma que habian herido mortalmente al caballero y á la jóven.

En la casa del lado se celebraba una alegre fiesta. Pronto se dejó oir la orquesta que empezaba á preludiar diferentes piezas de baile.

Se hizo tambien honor á la habanera, cuyas notas llegaron á los debilitados oidos de la muchacha como un recuerdo desgarrador, como una triste y desconsoladora salmodia.

En la silenciosa casa de la enferma oyéronse de pronto varios golpes que resonaron en el corazon de la jóven. No parecia sino que hubieran llamado en él.

Un jóven oficial de marina, pálido, demacrado, con el sello del sufrimiento en el rostro, penetró en la habitacion de la enferma, abrazando á un hombre, de cuyos ojos brotaban abundantes lágrimas.

El marino era el jóven á quien vimos bailando la danza con Amparo, la enferma ella, y el caballero su padre.

El novio de Amparo, que paseaba sobre cubierta cuando todos los pasajeros dormian, vió arrojarse al agua una mujer, que recibieron las embravecidas olas que cruzaban el buque de babor á estribor, y sin titubear un punto ni pensar en la oscuridad de la noche, en el alejamiento del oficial y los marineros de guardia

y en lo terrible del oleaje, se lanzó tras ella fiado en sus fuerzas y sin atender á otra cosa que á salvar de la muerte á aquella desgraciada suicida, lo que no sin grandes esfuerzos consiguió al fin y al cabo.

Nadie se apercibió en el vapor hasta el dia siguiente de la falta de aquellos dos pasajeros.

El oficial de marina tuvo la suerte de que pasase á poco por allí un buque que habia perdido el rumbo y acertó á hacerlo precisamente á muy pocas brazas de allí.

Habian pasado más de dos horas y el vapor en que iba el marino, que tenía una excelente marcha, navegaba á pesar de la borrasca con viento favorable, de manera que fué imposible darle alcance.

El buque en que se refugiaron los náufragos, y que tenía el hélice roto, pudo al cabo de cuatro dias, y desplegando todas sus velas, orientarse y, merced á un excelente viento de popa, llegar á la Habana, punto de su destino.

***

El ingenio de que hablamos en un principio presentaba un alegre aspecto. Los negros saltaban de gozo y bailaban el tango en medio de exclamaciones y gritos de júbilo.

Gran número de volantas se iban parando

en la puerta que daba acceso á la casa del amo de aquella valiosa posesion, y de aquellos ligeros carruajes iban saliendo damas y caballeros en gran número.

Un rato despues se trasladaban de la casa á un improvisado merendero elegantemente dispuesto, y en el que se veia una larga mesa llena de manjares riquísimos y excelentes vinos, un jóven oficial de marina, llevando del brazo á una linda niña vestida de blanco con una corona de azahar en la cabeza y un ramo de esas flores en el pecho.

Eran la niña Amparo y su novio.

Iba detrás el padre de la desposada y le seguian los invitados á presenciar aquel enlace, segun rezaba en los programas que les fueron mandados.

En medio de la inmensa dicha que experimentaba la novia, una oscura nube venía á empañar en parte el cielo de su felicidad.

En aquellos momentos echaba más que nunca de ménos la falta de su madre, á quien no habia conocido.

Una mujer, que semejaba un esqueleto envuelto en un traje negro, esperaba oculta bajo un árbol el paso de la comitiva nupcial. Al acercarse, ésta se destacó del tronco como una fantasma.

Haciendo un supremo esfuerzo se fué hacia la novia con los brazos abiertos, y un prolongado—¡hija mia!—salió de sus labios y cayó al suelo muerta.

Amparo tuvo al fin al lado á su madre en el dia de su boda.

La desposada se arrojó sobre ella y la cubrió de besos y de lágrimas.

Su padre tuvo que apoyarse en el brazo del novio para no caer desvanecido. Sentia que el remordimiento le ahogaba con la sangre del corazon que pugnaba por subírsele á la garganta.

Amparo debió la vida á un devaneo de su padre, quien le arrancó á la víctima su hija y la condenó para siempre á no poderse llamar su madre.

La madre de Amparo era la suicida á quien habia salvado de la muerte, con exposicion de su vida, el jóven oficial de marina de quien con tanto elogio se habia ocupado la prensa cubana, y que ostentaba en su pecho, entre las cruces que habia ganado en la guerra con el Pacífico frente á los hijos de la siempre animosa Araucania, una que solamente se concede en España á los que llevan á cabo acciones heróicas: la cruz de Beneficencia.

SEGUNDA PARTE

RELACIONES Y ARTÍCULOS

ANTE UNA CRUZ

Cerca de Córdoba, en los alrededores de la ciudad de la Mezquitá, que por espacio de tanto tiempo fué corte y residencia de reyes moros, se levanta una cruz de hierro sobre unas toscas piedras que la circundan.

El sitio es poco frecuentado.

No muy léjos de allí hay un camino vecinal por el que transitan dia y noche los labradores cordobeses y los traficantes de la ciudad.

Aquel sitio tiene algo de melancólico y de poético.

Corpulentos árboles dejan caer sus espesas y largas hojas sobre el lugar de la cruz, que pregona una historia de amor de esas que hubiese cantado algun trovador si como yo la hu-

biera escuchado de labios de algun campesino, ó la hubiera encontrado escrita en algun pergamino.

En los famosos tiempos de la Reconquista, en que tanto abundaban las leyendas, las tradiciones y los hechos caballerescos, eran harto comunes los idilios de amor y las narraciones semifantásticas envueltas en el misterio de la noche.

Era la época en que los caballeros españoles peleaban por su patria, su Dios y su dama, y hervia en sus pechos la sangre de los grandes guerreros ardiendo con la potente llama del amor.

Moros y cristianos luchaban con igual entereza, disputando aquéllos el terreno que conquistaron y apoderándose éstos, poco á poco, del suelo de sus padres, ahora en poder de enemiga y extraña raza, de carácter, tendencias, religion é idioma distintos.

La lucha era muy ruda y los alientos de los combatientes muy grandes.

Por entónces contaba el ejército que luchaba contra los moros cordobeses con un apuesto caballero, jóven, de buen talante, diestro en las armas, de varonil y hermoso rostro, barba cerrada y discreta lengua.

D. Alonso Fernandez era tipo acabado y

perfecto del galanteador y del soldado distinguido y de corazon. Tanto lo era, que consiguió rendir una hermosura de esas que las calenturientas imaginaciones de los árabes colocan entre las huríes del Profeta, y los cristianos entre los ángeles del cielo.

Zaida era el colmo de la belleza, la Venus mortal, la encarnacion de las fantasías árabes.

Blanca su cara como el turbante que rodeaba su cabeza, negros sus ojos como el sedoso cabello que en largas trenzas le llegaba hasta la cintura, era el bello contraste de la luz y la sombra, de la nieve y el ébano.

Se la admiraba como una obra de arte, se la amaba como una perfeccion y se la adoraba como una vírgen.

¡Qué mucho que al verla Fernandez, tras una de las ojivales ventanas de su castillo, se enloqueciera de amor por ella, y qué mucho tambien que la figura del gallardo cristiano quedase por siempre grabada en las pupilas de la hermosa mora!

Con exposicion de su vida, á fuerza de dinero y de audacia, D. Alonso logró ponerse en comunicacion con su amada, cuyo padre, ocupado en Córdoba en los preparativos de la defensa, se hallaba tiempo hacía separado de su

hija, encomendada al cuidado de sus antiguos servidores.

Zaida pertenecia á la familia del mismísimo rey que mandaba en Córdoba, y su padre, como pariente y como soldado, como deudo y como uno de los más principales y denodados caudillos del ejército moro, tenía que dedicarse á las tareas que le alejaban de su castillo.

D. Alonso habia conseguido que Zaida acudiese á sus citas, acompañada de una fiel esclava.

La noche cubria á los enamorados con su manto de estrellas, y diciéndose sus amores les sorprendian las primeras luces de la mañana.

En una de aquellas claras y esplendentes noches de Andalucía, de esas que cantan de manera tan elocuente el poema de ese país de dulzuras y de perfumes, D. Alonso entró en una capilla cristiana próxima á Córdoba llevando del brazo una mujer, cuyo rostro cubria un espeso velo.

El sacerdote echó el agua de la pila bautismal sobre aquella tapada, que habia sido de antemano instruida en la nueva religion que abrazaba.

La tapada cayó de rodillas ante la cruz que se alzaba en el modesto altar de la capilla, y

al jurarle un amor eterno á D. Alonso Fernandez, rezó por primera vez en su vida al Dios verdadero.

***

Los sucesos se precipitaron.

Las armas cristianas dieron un golpe certero á las árabes.

Lo mejor del ejército moro tuvo que replegarse á Córdoba.

Se intentó hacer una nueva salida y dar una batalla á los cristianos.

El padre de Zaida reanimó el decaido espíritu de los soldados del rey moro. Era un guerrero valeroso á quien aguijoneaban los contratiempos de la guerra en vez de desalentarle y condenarle á la inercia.

Fué de un lado para otro, invocó las antiguas glorias de los hijos de Africa, arengó las tropas y llevó á ellas la esperanza de la rehabilitacion y del triunfo.

El adalid árabe vió coronada su obra por el éxito más feliz. Los soldados ardian en deseos de lanzarse de nuevo á la lucha y reconquistar el terreno perdido. Se encontraban en las mejores condiciones para combatir. Habian sentido en sus pechos la sagrada llama del entusismo y se hallaban fortalecidos y dispuestos á todo.

A la primera señal de su jefe se lanzarian como leones del desierto sobre sus valerosos enemigos, y así sucedió.

Empezó la lucha.

El ataque de los moros fué rudo. Era una verdadera avalancha.

El ejército moro parecia un rio desbordado de su cauce, que arrolla cuanto encuentra á su paso.

Las mallas de los cristianos no podian resistir al empuje de las lanzas árabes, cuyas puntas lograban penetrar hasta el corazon. Hubo un momento en que los animosos cristianos vacilaron á pesar de su nunca desmentido valor. Les pareció el desastre inevitable.

Una pequeña fuerza que se habia quedado atrás de reserva entró en la batalla con alientos sobrenaturales. Cada hombre era una fiera que hacía presa y destrozaba con sus garras al primer moro que encontraba.

El ejemplo de aquella fuerza animó á la restante que, maltrecha, tal vez pensaba en la retirada, tal vez en una horrible y segura muerte, y acometieron con nuevos bríos al enemigo que, fatigado y debilitado por el extraordinario esfuerzo que habia hecho, procuraba en vano hacer frente á las tropas cristianas.

La compañía de reserva que de tal manera se habia distinguido y habia hecho cambiar la faz del combate iba mandada por un bizarro caballero que, á la cabeza de su fuerza y dando ejemplo de valor heróico, esgrimia su espada, que echaba chispas al deslizarse sobre los cascos de los árabes al abrir brecha en sus cotas de acero, tiñendo al mismo tiempo de sangre sus blanquísimos alquiceles.

Un jefe moro que trataba, aunque sin conseguirlo, de reunir las dispersas fuerzas de su mando, se encontró frente del capitan de la compañía de reserva.

Ambos se arremetieron con furia. La lucha fué espantosa. El moro rodó al fin en tierra bañado en sangre.

Habia caido para no volver á levantarse nunca.

Se habia introducido en la línea de los cristianos y su cuerpo quedó allí sin que pudiesen recogerlo sus soldados, que al verlo caer acabaron por entregarse á la fuga perseguidos de cerca por los cristianos.

Se hizo de noche. Los cristianos volvieron al campamento.

D. Alonso se encaminó hacia el sitio en que le hablaba siempre á Zaida.

La luna bañaba con su luz de plata aque-

llos campos, teatro de la horrible batalla de aquel dia y regados con la sangre de tantos valientes.

Al dar vuelta á un recodo que formaba el camino, un grito horrible, que espiró en la garganta de una mujer, se dejó oir en medio del profundo silencio.

¡Padre mio!—balbuceó la voz.

Fernandez creyó reconocer aquel acento desgarrador y dirigióse apresuradamente hacia el sitio de donde salia.

A la luz del astro que ilumina la noche vió una mujer hermosa, con la rigidez de la muerte y el calor aún de la vida, cuyo corazon habia dejado en aquel momento de palpitar. La habia asesinado el dolor.

La mujer era Zaida. El cadáver sobre el cual habia caido, y á quien había llamado su padre, era el jefe moro muerto por D. Alonso.

El caballero cristiano estuvo á punto de perder la razon y de hacer compañía á los dos cadáveres que yacian á sus piés.

.....

El que despues de este drama pasó por aquel sitio, vió siempre por la noche á un guerrero cristiano que rezaba y lloraba amargamente ante una cruz de hierro y postrado horas enteras de rodillas.

Un año más tarde un grupo de soldados llevaba en hombros el cadáver de un jóven oficial que habia muerto como un héroe en un combate contra los moros, y habia dispuesto ántes de espirar que lo enterrasen en el sitio en que se hallaba la cruz de hierro. Era D. Alonso Fernandez, el mismo que rezaba y lloraba todas las noches ante aquel sacrosanto signo de Redencion.

643294 A

MARTIN FIERRO

(LITERATURA POPULAR ARGENTINA)

MARTIN FIERRO es la leyenda del pueblo argentino, el poema del hombre del campo, el modelo del gaucho, el libro de oro de las tradiciones novelescas de las Pampas y de los indios.

Martin Fierro vivirá miéntras viva el pueblo argentino, miéntras que se conserve el tipo del *gaucho*.

Su autor, Hernandez, ha debido á los célebres versos del *Martin Fierro* la fama de que hoy goza de poeta popular en su país.

Su poema lo lee todo el mundo con gusto: la persona ilustrada, que encuentra á grandes rasgos en sus estrofas una poesía espontánea;

el hijo del pueblo, que ve allí reflejadas sus aficiones, calcadas sus frases, y puesto de relieve los hechos de sus padres ó sus abuelos. Martin Fierro es el héroe legendario de los desiertos argentinos; el que lucha con valor y con fe por su libertad; el que defiende, faca en mano, el terreno que le disputa la fuerza armada que lo arrancó de su hogar, que lo separó de sus hijos y de su *china* y se lo llevó á la frontera á pelear contra los indios, escatimándole despues los *cobres* con que atender á sus más apremiantes necesidades.

Una vez escapado de la fuerza del Gobierno, que lo habia hecho ingresar forzosamente en sus filas, prófugo, desertor, buscado por los destacamentos militares, perseguido de cerca como un bandolero á quien no se le da cuartel, no tiene hogar, ni familia, ni amparo alguno, y se ve precisado en su vida nómada á buscarse los medios con que atender á su subsistencia de cualquier modo, por grado ó por fuerza. Es un bandido generoso y valiente que toma las cosas que le son necesarias y no roba por avaricia, ni á traicion, ni se ensaña alevosamente.

Al regresar á su morada, despues de haberse batido en la frontera contra los indios, ha encontrado su *rancho* desierto, ha buscado en vano el calor del hogar, los hijos de su amor, la mu-

jer preferida por su corazon, su adorada *china*, y las lágrimas se han agolpado con profusion á sus ojos. Aquel hombre de hierro se ha estremecido y ha rugido despues como el terrible rey de los desiertos del Africa, como el leon que no encuentra á sus pequeñuelos y á su hembra.

¿Qué mucho, por lo tanto, que Martin Fierro se convirtiera en un acérrimo enemigo de una sociedad que habia sido parte á que se encontrase en aquel aislamiento, en aquel crítico y terrible estado de miseria, desesperacion y abandono?

El pobre Martin Fierro arrostra una existencia penosa, llena de vicisitudes, de angustias y de sobresaltos, con denuedo, con brío, venciendo toda clase de obstáculos, sin arredrarse ante los mayores peligros, con la frente serena y ese aliento admirable del hombre superior que no se deja avasallar por nada.

Tal es el tipo popular de la leyenda argentina, tan bien fotografiado por el poeta Hernandez en expresivas estrofas que sabe de memoria el pueblo de San Martin y de Belgrano, y canta al rasgueo de las cuerdas de una guitarra allá en sus ratos de solaz, los cantos que salen con un acento melancólico, sentidísimo, de los labios del gaucho al calor de la lumbre, cuando el ardiente sol que baña

la hermosa tierra del Plata se ha ocultado en el horizonte, y el hombre del campo descansa un momento de las rudas faenas del dia despues de haber domado potros salvajes ó enlazado reses con aquella precision admirable que les caracteriza.

***

Las estrofas de *Martin Fierro* son ayes del alma, notas del corazon, dulces y originales armonías que se traducen en el canto del pueblo, en la *milonga* que inmortalizó á Santos Vega y lleva actualmente el nombre de Ezeiza de boca en boca.

La *milonga* viene á ser en la tierra del Plata como el cante flamenco de nuestra España.

Gusta de ella muchísimo el *guapo*, la gente del campo, la *china* del gaucho, y la escucha con gusto el hombre de sociedad, como el canto del pueblo de su patria, que con sus notas sentidas le enardece el espíritu nacional y le recuerda las tradiciones del país donde naciera.

La *milonga* es un canto muy melancólico, lleno de extraordinaria ternura, que hace latir el corazon más frio. Es suave, muy suave, y las últimas notas suelen irse perdiendo así como el quejido de una alma dolorida que es-

pira poco á poco en la garganta del que lo exhala.

El *milonguero* canta su vida, sus sentimientos, sus pesares, su cariño, el amor de su patria, de manera especial, propia, eminentemente americana, mostrando el vigor de su alma, y con la voz ahogada por el dolor ó el sentimiento que le embarga al acompañarse con la guitarra aquellas melodías que tanto expresan en unas cuantas notas.

Para formarse idea cabal de la *milonga* es preciso escucharla en las mismas Repúblicas del Plata, en una de esas contiendas de improvisadores populares que hacen gala de ingenio y facilidad durante horas enteras.

No será galana su forma, pero sí inspirado su fondo; la *milonga* que canta, la copla con que contesta el *milonguero* á su contrario se distinguirá siempre por su gran espontaneidad y lo preciso de su concepto y lo intencionado de su sentido.

Lo que más llama la atencion en los cantadores de las Repúblicas Argentina y del Uruguay es la vivacidad pasmosa en la confeccion de las coplas, que improvisan una tras otra sin darse punto de reposo.

Esa facilidad aparece en las páginas que componen *Martín Fierro*, que si algun rival

tienen son las del *Fausto*, segun la relacion de un *gaucho* que jamás se le alcanzó nada de esa ópera hasta que fué una noche á oirla al teatro de Colon de Buenos Aires.

Las sentencias que Hernandez pone en boca de *Martin Fierro* encierran un gran fondo de filosofía y de verdad bajo la tosca forma de su expresion.

Martin Fierro, como hijo del pueblo, siente mejor que dice, y sus á veces grotescas frases conmueven al hombre más docto, como si hubiera escuchado un notable discurso oratorio, ó encienden el fuego extinguido en el corazon helado por la nieve del indiferentismo. No hay mejor oratoria que los ayes del corazon, y los cantos de *Martin Fierro* son una serie de suspiros y lágrimas en unas cuantas palabras rudas, suaves y enérgicas que forman un conjunto maravilloso, un efluvio de sentimiento que llega pronta y derechamente al alma.

***

La impresion que produjo en mi ánimo la lectura de *Martin Fierro* no se me borrará tan fácilmente.

Visité despues los ricos y dilatados campos de la República Argentina, permanecí en algunas *estancias* (grandes establecimientos de

campo), estuve en unas *chacras* (huertas) y me encontré con varios gauchos de la raza de *Martin Fierro*.

No se me olvidará nunca un hermoso tipo de aquella clase, de elevada estatura, mirada viva y penetrante y larga barba blanca, á quien escuchaban como un oráculo sus compañeros y le tenian el mayor respeto.

El relato de sus hazañas y aventuras me trajo á la memoria el poema popular de *Martin Fierro*.

Algo, y hasta mucho, habia en él de lo que contaba aquel veterano.

Era el tipo que habia inspirado á Hernandez su poema.

Me habia encontrado con *Martin Fierro*, que se llamaba entónces Juan el *Vaqueano*.

HISTORIA DE UNA MUERTE

JUANA era una muchacha preciosa que vivia en Granada, querida por un jóven que se miraba en sus ojos como en el cielo de su dicha.

Granada, esa ciudad andaluza, último baluarte de los moros, no es sólo el pueblo de la Alhambra y de las leyendas, de la vega del Generalife, es tambien el país de las tradiciones caballerescas, en donde se conserva con no poca pureza el carácter árabe, mezcla de pasion y de odio, de pasion y de venganza.

Por eso no es extraño que sus hijos conserven mucho de esos extremos y que las granadinas sean tan hermosas como capaces de grandes pasiones.

En sus ojos, focos de luz y torrentes de

fuego, ora se forja el rayo de la tempestad, ora se acumula y brota el fuego de la gloria.

Todo esto hace al relato de esta historia.

De hermosa cara y corazon amante, lindo cuerpo, mucha sal y un pico de oro, Juana tenía no pocos adoradores y un novio.

Este último se llamaba Curro.

Todas las noches á la luz de la luna, cuando suena la hora en Andalucía de que las amantes parejas se comuniquen sus impresiones y se digan y se repitan sus amores, Curro se acercaba á la reja de Juana, y embozado en su capa, que terciaba con gracia, calado el sombrero y con un cigarro en la boca, rondaba con la inquietud del enamorado la casa de su novia.

Era el palacio de sus sueños.

Devoraba con su vista la reja y lanzaba al aire comprimidos suspiros.

Las puertas vidrieras de la reja se abrian al fin, apareciendo tras ella el ideal del alma de Curro. Juana se asomaba, y el complemento de la dicha del mozo se realizaba en aquel punto.

Entre un océano de luz y un cielo de armonías le hablaba á su amada.

Así pasó algun tiempo; muchas fueron las noches en que aquellas escenas se repitieron;

pero una espesa nube vino á cubrir de sombras la felicidad de los dos amantes.

Uno que se llamaba traidoramente amigo de Curro, y que sentia un amor ciego hacia Juana, empleó, para separarla del novio, uno de esos medios que Satanás concibe en el Averno para llevar almas á sus dominios.

La calumnia habló por su boca.

Su lenguaje atentó á la honra de Juana.

Curro pasó por esas gradaciones que motivan á veces los falsos testimonios; no creyó en un principio, dudó despues y acabó por estimar ciertas las aseveraciones de su falso amigo.

El veneno surtió su efecto.

Curro sintió primero el hielo del indiferentismo y concluyó por experimentar hacia Juana el desprecio. La niña fué notando las variaciones de su novio.

Este, á fuerza de sucesivas y repetidas interpelaciones y escenas violentas, continuados altercados y todo género de acritudes, dijo el motivo de su actitud.

Las relaciones amorosas quedaron rotas.

Del idilio se pasó al drama.

¿Sería culpable aquella mujer? ¿se ocultaria la lava del vicio bajo el volcan de aquella mirada?

Nunca se habia oido hablar de ella en aquel sentido. Recta habia sido siempre su conducta y muy puros los sentimientos de su alma.

Pero ¿quién es capaz de penetrar hasta lo íntimo de la vida de una mujer?

Las manchas de la deshonra no aparecen á veces en la mejilla con el carmin del rubor.

Todo esto y algo más pensaba Curro en aquellos momentos que antecedieron al rompimiento con su novia, y se agolpaban á su mente en tropel oprimiéndole el pecho bajo la pesadumbre del escepticismo.

El amigo de Curro habia logrado su intento.

Libre de su rival, trató únicamente de conseguir el amor de Juana, á quien suponia ignorante de la calumnia levantada, ó cuando ménos del nombre de su autor.

¡Cuánto se engañaba!

Pero su error subió de punto al acercarse á Juana y ver que ésta escuchaba sus requiebros y admitia su amor.

Al nuevo amante le entraron ganas de unirse para siempre á la hermosa granadina; y así las cosas, pensó tan sólo en que las relaciones se acelerasen, temeroso tambien de que Curro pudiese volver al redil ó de que se des-

pertase en ella algun dia el recuerdo de su antiguo amor.

Le manifestó deseos de casarse con ella cuanto ántes y penetrar, por lo tanto, en su casa para pedir su mano á sus padres.

Juana le persuadió de lo imposible de esa entrevista, porque sus padres se oponian á aquellos amores; pero le dijo que habia un medio para llevar á cabo sus planes: escaparse con él.

La proposicion fué aceptada en el acto.

Aquel hombre, ciego por la pasion que le dominaba, nada veia, encontrándolo todo natural y sencillo.

Quedó fijado el dia y la hora de la fuga.

Todo estaba ya prevenido.

El nuevo amante de Juana habia buscado una casa que sirviese de nido provisional á su querida pichona.

¡Cuánto le palpitaba el corazon!

Llegó el momento de la partida.

Las puertas vidrieras de la reja se abrieron.

Era más tarde que las otras noches. Juana apareció por allí con algo de extraordinario en el rostro, que no comprendió su raptor, ó que todo lo más atribuyó á otra causa que á la que en realidad obedecia.

Se cambiaron algunas palabras. Juana se

metió dentro y al poco rato abrióse sigilosamente la puerta de una casa.

Una mujer, cuyos ojos despedian una luz vivísima en medio de la profunda oscuridad de la noche, fué destacándose por el estrecho hueco de la entreabierta puerta.

Era Juana. Iba envuelta en un manton negro como las penas de su alma, las tristezas de sus amores y la terrible lobreguez de su espíritu. Aquella mujer tan interesante se cogió del brazo del rival de Curro, como la sombra del pecado que envuelve á su siervo.

Así marcharon durante un rato cruzando algunas calles.

Al pasar por la plaza del Campillo, Juana solicitó de su acompañante descansar un rato en los asientos de aquel paraje.

El enamorado mozo estaba fuera de sí. Habia sentido de cerca el aliento de aquella mujer tan verdaderamente encantadora; habia oprimido su mano entre su brazo y hablado con ella sin distancias, sin separaciones ni obstáculos. Era suya.

Con la respiracion comprimida, el falso amigo de Curro se sentó al lado de su amada y quiso rodear su cuello con sus brazos y hasta darle un beso en los labios; pero Juana, separándolo de sí rápida como el pensamiento, le

dijo que esperase un poco porque tenía que hablarle ántes de ciertas cosas. Empezó por describirle en breves y apasionadas frases sus relaciones con Curro, la felicidad de que disfrutaba con aquellos amores tan puros, tan desinteresados, tan sinceros; y cuando ménos lo esperaba, aquel hombre—que sólo creia que Juana adoraba en él—se encontró con que aquella víctima de la mordacidad de su lengua, de la torpeza de sus planes, de la perversidad de sus celos, cambiaba de tono, se erguia poco á poco con la dignidad de la virtud ultrajada, le iba echando en rostro cuanto él habia hecho para que se viese devorado Curro por el demonio de la duda.

Maquinalmente se desviaba de su lado el acompañante de Juana; pero ella le retuvo hasta el fin de su tremendo relato, que, á guisa de sentencia de muerte, quiso que escuchase en todas sus partes; y cuando intentó incorporarse á viva fuerza el delincuente, Juana, arrojándose á él como la herida leona de los desiertos africanos, sintiendo hervir en sus venas la sangre árabe que corre en abundancia por las venas de las hijas de Andalucía, hundió en el pecho de aquel hombre una navaja de Albacete que acariciaba tiempo hacía bajo el negro manto en que iba envuelta.

Y allí quedó sin movimiento, luchando con las últimas ansias de la muerte, atravesado el corazon por el filo del arma homicida el rival de Curro, que pagó de aquel modo su delito.

Satisfecho su propósito, ella misma dió parte á la policía de que en uno de los asientos de la plaza del Campillo quedaba un hombre atravesado el pecho de una puñalada que habia puesto fin á sus dias.

Dijo que le habia dado muerte ella misma, y expuso el motivo.

Juana fué detenida y juzgada.

Como principal testigo, que aseguró ser cierta la causa que habia impulsado á Juana á matar aquel hombre, compareció Curro ante el tribunal, transida el alma de dolor y lleno de vergüenza y desesperacion por haberse dejado llevar de las falsas palabras de un rival encubierto, tan miserable y tan audaz.

Juana fué puesta en libertad al poco tiempo, y desde entónces las granadinas, á los que tratan de quitar honras con la lengua, les cuentan en seguida la historia que acabó en el Campillo.

EL CARNAVAL EN BUENOS-AIRES

El Carnaval, ese vértigo de la vida, esa suspension del juicio, esa corriente bulliciosa de las pasiones, ante la cual se levanta el telon del escenario humano, tiene en la capital de la República Argentina una fisonomía especial.

El Carnaval de allí, sin parecerse á ninguno en su conjunto, tiene algo del de muchos países en sus detalles.

Se refleja en él el cosmopolitismo de aquella hermosa tierra que baña el Plata con sus aguas.

Dias ántes, los principales círculos y las casas de la primera sociedad porteña, que están en lo que llamarian *rua* los catalanes y *coso* los romanos, preparan sus salones, los en-

galanan convenientemente, y encargan de antemano á las confiterías del Gas ó del Aguila pastas, dulces, fiambres y ricas botellas de licores y vinos, como dias ántes tambien el Municipio se cuida de las instalaciones de gas y banderas, en las calles más principales.

El aspecto que presenta la hermosa calle de la Florida en las tres noches de Carnaval, no puede ser más bello.

Multitud de arcos de gas que van de lo alto de las casas de una á otra acera, forman un verdadero túnel de luces, sobre el que ondea gran número de banderas de todos los países del mundo.

Pasan por bajo ellas las comparsas, ya á pié, ya á caballo, ya en carros, ya en coches, que celebran el reinado de la locura, el imperio de la careta, la época en que se rinde más culto al dios Momo.

Es de admirar las bellas cabalgatas que cruzan el *coso*.

Tiempo hubo en que rivalizaron éstas con las muy célebres de Roma, en donde goza fama de presentarse el Carnaval con mayor brillantez que en ninguna parte, sin olvidar por esto á Barcelona, el país del arte y del buen gusto en España, allí donde transitan por la *rua*, ya grupos de máscaras con trajes de un perfecto

rigorismo histórico, ya cabalgatas de asuntos en que campea la inspiracion del artista, y cuyos vistosos trajes son dignos de las figuras de cualquier cuadro de una obra de espectáculo ó cuento de *Las Mil y una noches*.

Pero sobre todo esto imperan los bailes de Carnaval en Buenos-Aires, la *great attraction* de la temporada carnavalesca, desde los públicos, verdadero desbordamiento de máscaras ellas, de baja estofa, hasta el club del Progreso, *rendez-vous* de la más alta *crême* de la aristocracia.

El club del Progreso se convierte durante los bailes de Carnaval en un verdadero Paraíso lleno de Evas distinguidísimas, no ménos tentadoras que la primera de su sexo que apareció en el mundo.

La mujer argentina que pisa los salones del primer club de Buenos-Aires reune á la tentacion de sus encantos físicos, que se traslucen á través de su antifaz, su educacion esmerada, el espiritualismo de sus frases, lo vivo de su imaginacion y su buen talento.

En esos dias tiene completa libertad en la eleccion de parejas.

Así es la costumbre, que se conserva muy á gusto de los dos sexos.

La *porteña*, que así se llama la hija de Buenos-Aires, es por extremo interesante en

los bailes de Carnaval, sin las trabas del rigorismo de la sociedad argentina, en donde las muchachas apenas si pueden sostener con un jóven esas vivas bromas en que se luce la discrecion y la espontaneidad de la frase.

Por algun tiempo creí que la mujer argentina no participaba de la imaginacion y el sentimiento de las demás americanas; pero en los bailes de Carnaval del club del Progreso y el Argentino pude convencerme de lo contrario.

Es la *porteña*, sin disputa alguna, una mujer ideal cuyo corazon palpitá á los impulsos del amor con igual ímpetu que el de la cubana, la uruguaya, la chilena y la limeña, esa hermosa hija de la capital del Perú, cuya belleza se ha hecho célebre y cuyos chispeantes y rasgados ojos, semiocultos por el ropaje que usa, lanza sus rayos, hiriendo las pupilas del que levanta los ojos para mirarla.

El Carnaval en Buenos-Aires presenta al extranjero una novedad, reminiscencia de antiguas costumbres importadas allí por la madre patria: *¡Los pomos!*

Los *pomos* son los que dan carácter al Carnaval porteño.

Un mes ántes empiezan á llegar á Buenos-Aires gran cantidad de ellos, y otros se fabrican en la misma República Argentina.

Esos pomos, á semejanza de los que tienen los pintores para contener las pinturas ó los aceites de que se sirven, tienen aguas de olor, y apretados por el vértice lanzan un chorro que va á parar con fuerza á larga distancia.

Los hay de varios tamaños y precios, y se considera muy desgraciado el que no compra siquiera cuatro ó cinco docenas de pomos para jugar.

El juego es de lo más fresco y retozon que puede darse.

Se juega con las niñas, es decir, con las pollas, que lanzan los chorros de sus pomos sobre el que pasa bajo sus balcones ó al lado de sus ventanas ó penetra en sus casas, y aquí entra la lucha, vamos al decir, el juego de los pomos.

No hay camisa, ni ropa, ni cara, ni nada que resista á aquella lluvia de agua de olor en medio de la algazara y de la risa de los combatientes y de los espectadores pacíficos, si por acaso los hay.

Algunos transeuntes tranquilos que no están para juegos, se ven precisados, si tienen que atravesar las calles de Buenos-Aires, á ir provistos de buenos impermeables para resistir el chubasco.

Los comerciantes y rematadores de la ciu-

dad hacen su agosto en esos dias, ó, mejor dicho, en esa época del año en que por fortuna el calor hace hasta cierto punto agradable el remojo, porque dicho se está que, hallándose cambiadas las estaciones en el Sud-América, el mes de Carnaval es uno de los más calorosos.

En la mayor parte de los establecimientos de Buenos-Aires se hacen remates de pomos, y apenas si se pasa por una tienda cuyos escaparates no estén llenos de ellos, y desde los cuales no se escuche la voz estentórea del rematador y el golpe del martillo.

Excusado es decir que la gente menuda no es la que ménos compra pomos y acosa á sus familias para que le den plata (dinero), á fin de comprar uno de los más característicos emblemas del Carnaval.

En el último año, á pesar de los bandos severos de la autoridad, empezó á iniciarse una añeja costumbre; la de echar cubos de agua desde las azoteas y balcones á los transeuntes, lo que dió márgen á varias cuestiones y á las reyertas consiguientes, habiendo tenido que lamentarse algunas desgracias.

Tambien se arrojaban bolas grandes de una goma muy fina, que al dar contra la cabeza del transeunte sobre quien eran asestadas, lo llenaban del agua que contenian.

¡Aquello era la *mar!*

La mar casi en todas las acepciones de la palabra, porque en las calles habia agua por todas partes.

Verdad que la usanza fué importada de España, si bien hace ya muchos años, desde principios de este siglo ó fines ya del pasado, que ha desaparecido de entre nosotros, y sólo existe en algun pueblo de Andalucía y de otras provincias, no ya el empleo del agua para darle un bromazo al que pasa tranquilamente por la vía pública, sino el *saquillo* que, relleno de trapos por dentro y muy engalanado por fuera con cintas y cascabeles, se dispara contra el sombrero del que va por la calle, para tener el gusto de verle descubierto al aire libre contra su voluntad.

Pero es lo cierto que el Carnaval en Buenos-Aires, á pesar de sus pomos y sus cubos de agua, es animado por extremo y deleita sobremanera.

Presenta la ciudad un aspecto muy especial de movimiento y de alegría.

A los carros que durante el año cruzan de un punto á otro de la capital de Buenos-Aires trasportando de la aduana á los depósitos comerciales los productos de la industria de todo el mundo, suceden los carruajes llevando her-

mosas damas ricamente vestidas y comparsas de lujo; al silencio que desde el cierre de las tiendas á las diez de la noche reina en la capital argentina, sucede el bullicio que promueven las máscaras al ir á los bailes ó transitar por el coso: todo se cambia por completo, y la ciudad dedicada al comercio desde por la mañana hasta la noche, la esencialmente mercantil Buenos-Aires, parece en aquellos dias el París que se divierte, de América, los Campos Elíseos, la *Mi-Carème* de la capital de Francia.

Pasada la semana del Carnaval, Buenos-Aires recobra nuevamente su aspecto severo, y nadie puede sospechar siquiera, al transitar por sus calles, que el dia anterior era todo holganza, carcajadas y baile, y que los cascabeles del dios Momo repercutian por los mismos sitios en donde se alzan la Bolsa, los Bancos y la Aduana, y bullen centenares de hombres que se dedican con afan al negocio.

Quedan únicamente en los salones el perfume de alguna flor que yace en tierra, desprendida del tocado de una mujer; alguna cinta de un vestido; algun pedazo de raso de seda ó de tul; quizá un guante finísimo que ajustara una mano pequeña, suave, contorneada en el molde de otra Venus de Milo; la

esencia desprendida de un pañuelo llevado á los labios de rosa de alguna dama; el antifaz que al contacto de la luz de su dueña pareciese resplandecer y brillar en medio de la alfombra, como si fuera la negra tela de la careta tisú de oro; el eco apenas perceptible de un vals de Strauss ó de una polka de Farhbach; las últimas estrofas de un idilio; la huella del placer; la sombra de la dicha de unas cuantas horas.

Eso tan sólo resta del Carnaval en Buenos-Aires; el recuerdo de un sueño de unos dias.

EL POBRE DE LEVITA

Lo habreis visto más de una vez cruzar las calles, penetrar en un salon, asistir á un baile, concurrir á un banquete con la sonrisa en los labios, la palabra alegre y la frase espiritual en cada aserto. La estrepitosa carcajada y el chiste bullicioso lo presentan al mundo como un hombre feliz, para quien todo son ratos de bienandanza.

¡Pobre jóven!

Ahoga una lágrima en cada risa y un ¡ay! del corazon en cada chiste.

Vive en el mundo que se divierte, para no morir de tristeza ó desesperacion en el mundo en que se reconcentra el espíritu; la verdad se dibuja con todos sus contornos y sus tristuras,

y el presente de su existencia aparece ante sus ojos, deslumbrados por el brillo del baile, como un fantasma aterrador que amenaza apagar el fuego de su juventud.

¡Felicidad, ilusiones color de rosa, ideales de ambicion y de gloria, siluetas de riqueza! ¿Qué es todo eso? La pesadilla horrible de sus sueños, la idea fija desvanecida á cada instante, humo, polvo, martirio eterno, verdaderos y exasperantes fuegos fatuos de cementerio salidos de la tumba de su alma.

La levita que cruza su cuerpo, el sombrero que ajusta su cabeza, ¡qué recuerdo más triste para su pecho, qué pasquin más terrible para su dignidad y su amor propio! Es una prenda usada de un amigo; la limosna que humilla, el dogal que oprime, y sin embargo, se ve obligado á recibirlo, porque el pudor de la clase social á que pertenece no le permite mostrar de una manera repugnante los girones de su miseria, y porque avergonzado él mismo de su aspecto, con los despojos de sus trajes se arrancaria tambien la piel de su cuerpo, y con ella el alma y la vida.

Se meció en rica cuna, se educó en la opulencia, atravesó los umbrales de los alcázares del lujo, nutrió su espíritu de savia intelectual en los centros más principales del mundo, y

despues de elevar su vuelo por altas esferas vino á caer de lo alto para arrastrarse, en la impotencia de sus recursos materiales, por las más elevadas corrientes sociales, impulsado por su avasalladora fantasía y su imposible anhelo de rehabilitacion y de poder.

Maldice de su pasado y de la loca imaginacion que le hace luchar de continuo con toda clase de resistencias del presente, y contempla por siempre el porvenir con la angustia del náufrago que mira en medio de las olas enfurecidas, y á través de la oscuridad de la noche, una luz que aparece y desaparece y á la que nunca llega por más que redoble su esfuerzo.

¡Cuántas veces le habeis estrechado la mano sin notar en ella los estremecimientos de su alma agradecida ante una manifestacion de cordialidad!

Para este desgraciado todo es una tortura y un constante motivo ó de sufrimiento ó de humillacion, y cuando una mano leal, franca, desinteresada, lo eleva hasta él sin decírselo, el pobre de levita murmura una oracion que nadie escucha, porque la formula su corazon quedo, muy quedo, allá en su fondo, ahogada por sus constantes palpitaciones.

¡Benditos los que amparan al desvalido de la sociedad, al pobre de levita, al que se ve

precisado á mendigar las migajas del festin social á que asistiera ayer por el derecho propio de su dinero, ya que se considera el más legítimo y venerando!

¡Orgullosos del mundo que acaso habeis salido de la nada, acaso como el pobre de levita luchando con la miseria, con el sonrojo y con la resistencia de la dignidad, un poco de compasion para el desgraciado, de condiciones, por otra parte, excelentes, ya en el órden moral, intelectual y social, que tiene por norte brillante de su conducta la honradez más intachable, más limpia y de más digna loa!

Todo lo iguala y lo hermaniza, la lealtad, la delicadeza de miras, de detalles, de accion.

Tenedle compasion cariñosa al pobrecito pobre de levita, de corazon recto y grande, inteligencia despejada, frente serena, mirada tranquila, imaginacion soñadora y suerte siempre adversa. Es un desterrado del paraíso del mundo sin el pecado del culpable.

Pensad en el infierno de su espíritu, en la espantosa agonía que experimenta á cada instante, y siempre que podais echadle en el bolsillo una limosna cuando no lo vea, cuando el contacto de la moneda que le alargueis no hiele su sangre en sus venas y asome á sus mejillas el carmin del sonrojo, que quema y

que asfixia; echádsela y socorredle y queredle mucho, que es digno de lástima.

No tomeis nunca por realidad el fingimiento del desgraciado mártir de levita que intenta encubrir con su falso aspecto su verdadero estado de ánimo para embriagarse en el atolondramiento social y el momentáneo olvido de su infortunio. Es la luz del sol que aparece en un dia preñado de nubes negrísimas para ocultarse luégo y dar paso en seguida á la del rayo, que ciega ó que mata.

El pobre de levita lleva constantemente puesta la careta en este carnaval de la vida, en donde no es posible quitársela sin estar bien seguro de los sentimientos, la buena fe y el afecto que pueda tenernos la persona ante quien debamos aparecer sin antifaz.

Tiene que presentarse de incógnito, ocultar su pobreza material y la riqueza toda de su alma para no ver criticado el lujo de ésta. Pero la que pertenece á su rango, la comprende, la aprecia y la considera.

Hay algo de instintivo y de atrayente en ese movimiento que se realiza siempre, en ese impulso que no se explica y que se siente.

Por eso alguna vez encuentra alguien que le conozca y quizá que le diga, como á otro nuevo Lázaro: „Levántate y anda.„

ARSENE HOUSSAYE

ARSENE Houssaye es uno de los escritores franceses más simpáticos y más conocidos. Ha cultivado siempre un género de literatura agradable, y ya en la novela, ya en la poesía, ha mostrado la frescura de su brillante imaginacion, matizando con pensamientos delicados, ideas sentidas y rasgos de genio sus hermosos escritos.

Separado de ese naturalismo exagerado que ha torcido en Francia, y por desgracia empieza á desviar en España, las corrientes de la bella literatura, Arsène Houssaye, como dijo muy bien Saint-Beuve, es el poeta de las rosas y de la juventud, y en el camino que ha seguido con todo el aliento de su alma y el ardor de su

pecho, si encontró en un principio espinas, halló más adelante lauros y plácemes que, como premio á su talento, han concluido por conquistarle la envidiable reputacion de que hoy goza.

Nacido en Bruyères (isla de Francia), al llegar á París pasó por cuantas contingencias y penalidades, ratos alegres y vértigos del espíritu proporciona la vida bohemia, esa maravillosa mezcla de notas tristes y bulliciosas que ha excitado más de una vez la imaginacion de tantos hombres ilustres.

Demócrata el autor de *La Comedienne* por carácter, por conviccion y por sentimiento, afable en su trato, artista por excelencia, no ha hecho uso de los derechos que tiene al marquesado de Trychateau, y ha preferido llevar por todo título el de hombre honrado y literato, consiguiendo rodear su apellido de ese brillo con que la fama esmalta los nombres.

Pasan de sesenta las obras que tiene escritas Houssaye, sobresaliendo entre ellas *Philosophes et Comediennes*, *Les filles d'Eve*, *la Vallière et la Montespan*, *L'Histoire de 41 fauteil de l'Academie Française*, *Le roi Voltaire*, *Histoire de l'art française*, *Mademoiselle Cleopatre*, *Le roman de la Duchesse*, *Les Grandes dames*, *Les parisiennes*, *Les femmes comm'elles sont*, *Les*

femmes du temps passe, *Madame de Warens*, *Les courtisannes du monde*, *Histoire d'une fille perdue*, *Les Dianes et les Venus*, *Mille et une nuits parisiennes*, *Les trois Duchesses*, *Histoire du XVIII siècle.*

Dos libros escribió en su juventud, que obtuvieron un éxito de los más lisonjeros, *La couronne de bluets y La Pecheresse.*

Víctor Hugo y Balzac quisieron tener el gusto de conocer al autor, y Houssaye fué presentado á aquellas dos lumbreras de las letras francesas, admiracion del mundo entero.

Se casó por entónces con una mujer encantadora, con una bellísima hija de la señora Admée de Brucy, una de las discípulas de Prudhon.

Varios artistas tan célebres como Lehmann, Vidal, Clésinger y Jouffroy, trasladaron al mármol ó al lienzo los rasgos de su fisonomía.

La muerte la llevó al sepulcro en edad muy temprana, cuando apenas contaba veintiocho años, no sin que para suerte de Francia y honor suyo dejara ántes un hijo, el excelente historiador Enrique Houssaye.

En 1849 Arsène Houssaye fué nombrado por el Gobierno administrador de la Comedia Francesa, y á sus condiciones de carácter se debió que el público pudiese volver á ver en

escena obras de Víctor Hugo, quien, por consecuencia de las diferencias que habia tenido con la administracion anterior, hallábase alejado del teatro.

Durante esta época, además de las producciones dramáticas del popular poeta del siglo XIX, pudieron admirarse otras de Alfredo de Musset, no ménos conocido por la originalidad, sentimiento y alcances de sus poesías, á un tiempo bellas y profundas, que, dejando atrás el romanticismo, tan rectamente llegan al alma por el camino más corto y más pronto, hablando al entendimiento con las voces del corazon. Dió á conocer igualmente obras de Ponsard, Sandeau y Mad. de Girardin.

Autor dramático tambien Houssaye, ha producido para el teatro obras tan aplaudidas como *Juliette et Romeo*, *Le Roi-Soleil*, *Sapho*, *La Comedie à la ferétre*, *Les Comediennes*, y *Mademoiselle Trente-six-Vertus*. En el mes de Abril del corriente año (1) ha sido nombrado por unanimidad presidente de la Asociacion de Escritores franceses.

Ahora se ocupa en escribir sus memorias, obra interesante que espera con avidez el público de París.

---

(1) Este artículo fué escrito en Mayo de 1884.

LA NIÑA BONITA

No hay nada más insoportable en el mundo.

Ahí la tiene V. en aquel palco adoptando una postura que ha estudiado en su casa ántes de venir al teatro.

¡Y qué manera de poner la cara y los ojos y el cuerpo más violenta y más estrambótica!

¿Menearse? ¡Ahí es nada si la tarea es difícil!

¿Estará mejor de perfil, de frente, con el hombro levantado, con la cabeza alta ó con toda *su individua* indolente?

La niña bonita es víctima de su belleza, y cuenta el número de sus víctimas por el de los infelices que se le acercan á decirle cuatro galanterías.

No hay que contar en el número de las mujeres bonitas que se hallan persuadidas de que lo son á esas muchachas que vemos por Madrid con frecuencia, y que ignoran, ó cuando ménos en nada estiman su belleza, como no sea para no perder el cariño del hombre á quien quieren.

El ser bonitas para ellas no tiene otro valor que el de mantener las ilusiones del novio. Son mujeres que se deben al hombre escogido por su corazon, no á cualquiera que haga elogios de su belleza.

No le sonrien al primer amigo que se les acerque y les eche una flor, para animarle, estimularle y obligarle á que siga perfumándoles el oido; no son niñas bonitas de profesion.

Porque existe una clase, no muy numerosa, por fortuna, pero sí muy esparcida por donde quiera, de niñas bonitas que no se ocupan de otra cosa que de significar en todas partes que lo son, de empalagar á todo el mundo con sus dengues, de perjudicar el sexo á que pertenecen y de alejar á los hombres del matrimonio con su desdichado plan de campaña.

Es una plaga como otra cualquiera.

En esa lotería de cartones y bolas numeradas que se juega en las tertulias de confianza, al ser extraido del saquillo el número 15, suele decir el encargado de esta faena:

—¡La niña bonita!

Esto es debido á creerse que no hay ninguna mujer fea á los quince años.

Error crasísimo.

Las hay que espantan, que aterrorizan al más valiente, aunque tengan únicamente quince años; ya hemos dicho cómo se llaman: niñas bonitas de profesion.

LA ÓPERA SERIA

Para unos pocos es el *sancta sanctorum* de la música, el deleite mayor del mundo, la audicion más sublime y más veneranda; para una gran parte de los mortales un ruido extraño que casi molesta, unos gritos agudos que hieren el tímpano del oido, un estruendo orquestral; para el mundo elegante el espectáculo de moda, el ramo de lujo, de rigor en el presupuesto de toda persona que aspire á ser considerada *comme il faut*.

La ópera es un pretexto para exhibir las damas sus vestidos, sus galas y sus brillantes; su correcta *tenú* los pollos; su porte diplomático los gallos.

Por otra parte, es un espectáculo que puede

presenciarse á telon corrido, sin que sea necesario guardar absoluto silencio. Puede hablarse perfectamente con la dueña adorada de nuestros pensamientos enamorados, y la mujer que nos ama ó nos finge amor goza del privilegio de marearnos á sus anchas entre el perfume de sus esencias, el resplandor de sus joyas y la tentadora blancura de sus escotes.

Poco importa que el tenor ó la diva den notas sublimes ó gallos desgarradores; para la mayor parte del público pasan del todo desapercibidos, porque no escucha otra voz que la del adorado ó *simpático* amigo, espectador ó espectadora que tiene á su lado, y cuyo acento escucha en unas ocasiones como una música celestial ó como una infernal en otras. O queda dulcemente impresionado por la dulzura de tanta palabra de miel como oye, ó imposibilitado de apreciar ninguna nota agradable por las salidas de tono de su bella ingrata.

Lo cierto es que los empresarios de ópera seria hacen su agosto en cualquier mes del invierno ó del otoño y tienen llenos sus teatros, como ocurre ahora.

Eso es lo positivo, aunque no he conocido un solo empresario de ópera que me haya confesado ingénuamente sus ganancias.

Todos ponen el grito en el cielo y se que-

jan de su pícara suerte; pero reinciden. Les pasa en esto lo mismo que al público, que nunca está contento de los artistas y acude á oirlos todas las noches que puede, pagando más que por ir á otro teatro en que se rinda culto al arte dramático nacional.

Cosi va la ópera seria.

Á TEODORO GUERRERO

LA CRIOLLA

La he conocido aquí, en la madre patria, engalanando algun salon aristocrático, ó sentada muellemente en un *landeau*; la he visto de cerca y de léjos, siempre encantadora, espiritual, interesante, atrayendo con esos ojos vivos y brilladores que reflejan el sol de los trópicos.

Las mujeres americanas tienen algo indudablemente que se identifica conmigo.

Yo no sé qué extraño é inexplicable estremecimiento se apodera de mí cuando estrecho la mano de una criolla. Se me antoja pulsar las fibras de su corazon, siento el vértigo del placer.

Las mujeres de América son el hermoso complemento de ese espléndido mundo lleno de flores, y de luz, y de aromas, que tiene por techumbre un cielo puro y claro, por suelo un vergel y por albergue dorados palacios llenos de mármoles, saturados de esencias, ahitos de lujo.

Todo esto puedes apreciar, mi querido amigo, mejor que yo por dos conceptos: has nacido en la Habana, y la imaginacion fecunda y brillante que te ha conquistado aquende y allende los mares muy justa fama de novelista, te hace penetrar, con el anteojo de larga vista de tu talento, en todos los detalles de encanto sorprendiendo lo bello en sus más inadvertidas manifestaciones.

Nada ha podido escaparse á tu fantasía, nada que no haya trasmitido tu pluma con riqueza de colorido.

Lo sé y apelo á tí, á quien llevó la toga á Puerto-Rico y á la Habana para desempeñar los más elevados cargos de la magistratura, para que me digas, y de paso se enteren aquellos de mis lectores que por acaso lo ignoren, qué es la mujer puerto-riqueña y la cubana.

Preséntame, pues, el tipo más acabado de esa bella y graciosa isleña, nacida en la tierra que forma uno de los pedazos más queridos de

la patria, y bajo los pliegues del pabellon que no pudieron abatir los colosos del mundo y saludara con cariño de padre á los habitantes de América llevándoles el progreso moderno, la civilizacion y el cariño de un pueblo grande y generoso que tiene siempre los brazos abiertos para sus hijos.

Yo he soñado tan sólo á la mujer puerto-riqueña de un modo imperfecto, limitado mi espíritu por los estrechos horizontes de mi pobre imaginacion, encerrado en el pequeño círculo de su vuelo, que no logra elevarse á las altas regiones de lo ideal, desde donde puede apreciarse y conocerse á las mujeres americanas.

Y cuenta, Guerrero, que no es pasion de americanista, y de americanista jóven y hasta soltero; es culto á la verdad de cronista, de testigo presencial é imparcial de las bellezas americanas.

De la seduccion que al descuido ejerce la mujer sud-americana, del despliegue de las fuerzas tan bien organizadas como irresistibles de sus encantos, de su educacion esmerada, de su *chic* especial, que dirian los franceses, de sus gracias cultísimas, de su viveza, ciertamente maravillosa, participa á mi ver la puerto-riqueña y la cubana, llena de vida, rica

en sentimiento, de una inteligencia muy clara, de una imaginacion fantaseadora, de una discrecion admirable.

Nada se diga de la española, á la que conocemos tan de cerca, y cuyas excelencias se han cantado en todos los tonos y ha inspirado el pincel de Goya; esos ángeles del hogar, esas perlas de la familia, esas propagadoras de la fe y el espíritu patrio, desde la egregia soberana que reconquistara del árabe el último palmo de suelo español, hasta la hija del pueblo que disparó contra los franceses los primeros cañonazos en Zaragoza.

¡Qué fueran de estas páginas frias sin la esperanza de que la abrasadora mirada de las mujeres españolas y americanas se pose en ellas, y al herirlas con el ardiente fuego de sus ojos les comuniquen toda la vida que el autor deseara imprimirles!

Mucho puedes hacer tambien, querido Guerrero. Te cedo gustosísimo un espacio para que contribuyas por tu parte á esa empresa. No digo que la pluma, porque despues de haber estado yo escribiendo con ella todo este libro, pudiera haberse contagiado con el trasmisor material de mi inteligencia, y deslucirte contra el poder de tu entendimiento.

Por otra parte, al finalizar esta obra, que

ha puesto á contribucion mi sentimiento, me tiembla el pulso y la pluma se agita igualmente entre los dedos de mi mano. Podria hacerte escribir garabatos.

Mis lectores desean ya leerte.

¡Paso á la interesante hija de América!

DOY FE

Á SAÑUDO AUTRAN

Á tí, que has saludado los libros del derecho, no tengo que explicarte lo que es *recusar* á un juez; pues bien, puesto que lo sabes, comprenderás que si el público me tachara de *parcial* al fallar sobre el mérito de las puerto-riqueñas, me recusaria. ¿Por qué? Islas hermanas son Cuba y Puerto-Rico; en la gran Antilla nací, y mi voto inclinaria la balanza á su favor, porque en el platillo pondria mi corazon.

Si vas á Puerto-Rico, corre peligro tu libertad de soltero, porque la mujer que soñaste está allí, toda ternura, toda amor, con el alma asomada á los ojos, irresistible por la fuerza

de sus encantos, seduciendo con la atraccion poderosa del candor, que es la peor de todas las seducciones, por más que digan lo contrario los necios Tenorios del dia. La coquetá cautiva, arrastra, pero no aprieta el lazo; la aventurera clava su garra, pero no consigue más que arañar la piel sin dejar huellas de su paso; la mujer modesta y virtuosa se impone. No vayas á Puerto-Rico si no quieres perder tu libertad. Allí no encontrarás flores que deshojar; allí no hay más que amantes y cariñosas, fuego sagrado, mujeres preparadas para ser madres de familia, ángeles del hogar.

¡Ay, amigo mio! ¡qué mal se conoce en la vieja Europa á las criollas de nuestra *vírgen América!* ¿Quieres que te las pinte? Repito que me acusarian de parcial. Además, esa pintura está hecha ya por mi pluma en un magnífico libro. ¿Deseas conocer mi opinion? He aquí unos párrafos, mejor dicho, unas pinceladas relativas á las mujeres de Cuba y Puerto-Rico:

«Si tuviese la fortuna de que todos mis lectores hubiesen puesto el pié en aquellas lejanas playas, no necesitaria esforzarme para enaltecer á las criollas, porque estoy seguro de que cada cual guardaria para ellas un recuerdo de admiracion y una deuda de grati-

tud, no faltando algunos que llevaran en el corazon una de esas heridas que no se cierran con la accion del tiempo ni se cicatrizan con la inmensidad de agua que el Océano pone por medio para producir la benéfica curacion que sólo el olvido ofrece á las almas impresionables. Pues qué, mujeres que se columpian como las poéticas palmeras, que doblan la cintura como las cañas á la accion de la suave brisa, que llevan el fuego del sol en el corazon, en el rostro la brillante palidez de la luna y en los ojos el resplandor de las estrellas, ¿pueden verse sin abrir el alma á grandes impresiones?

Para conocer á la criolla hay que ir á estudiarla en las Antillas; léjos de su suelo, es como el pez que sacan del agua, que no se mueve con la gracia y soltura que en su líquido elemento; allí hay que seguirla en todos los actos de su vida; verla caer sobre los mullidos cojines del *quitrin*, colocándose en ellos como el nautilo en su concha; verla brindar á los que llaman á su puerta con una hospitalidad que en la egoista Europa se cree inverosímil; verla montar á caballo y correr por los campos con la alegría de la mariposa en los jardines; verla columpiarse en la *danza* sin dar saltos ni hacer movimientos de grandes violencias; verla, en resúmen, ser el ángel del consuelo, pues se la

encuentra siempre donde hay que enjugar una lágrima, donde hay que llevar un socorro al menesteroso.»

. . . . . .

»El sol de los trópicos que cae á plomo sobre la frente de las antillanas, caldea la imaginacion, y ésta se muestra inflamada por medio de vívidos destellos, rayos de luz del genio: allí donde todo es poesía, donde todo es amor, donde el cielo se viste con los colores más brillantes para despedir al sol en Occidente; allí donde las palmas se ostentan gallardas entre la vegetacion más variada y más exuberante; allí donde los árboles nunca se desnudan de sus hojas; allí donde pájaros de pintadas plumas entonan melodiosos trinos; allí donde la luna disputa al astro del dia la claridad de su luz; allí donde la mujer imprime á su paso languidez voluptuosa, la musa del poeta debia herir las sienes para arrancar sones acordes de la lira misteriosa, lira de cuerdas invisibles que se llama la inspiracion: allí todo canta; en la ciudad, la juventud para dar desahogo al fuego de su alma; en los pueblos, el *jibaro* al son de su *tiple* para encantar á su amada; en los campos, el esclavo para acallar el ruido de su cadena; en la enramada canta el ave; en el corazon canta el amor.»

He ahí á la cubana y á la puerto-riqueña, hermanas por el sol, por el clima, por las costumbres, por el alma, por el corazon. Mi temor á la acusacion de *parcial* no es de hoy: al concluir la monografía de *La mujer de Cuba* en el libro citado, decia yo:

»Acaso haya saltado de mi pluma alguna idea que parezca lisonjera; acaso presente en el cuadro algun rasgo que parezca exagerado; pero ¿no tiené disculpa el pintor que arranca á sus pinceles un toque demasiado brillante cuando traslada al lienzo las facciones de la mujer querida? ¿No he de amar la tierra en que vine al mundo?»

Hay todavía otra razon más fuerte que me obliga á ver deslumbrador cuanto pertenece al suelo de Cuba; prescindiria de mi amor patrio para ser crítico severo si mi corazon no pusiera á mis ojos la venda que produce la ceguedad. La mujer, en sus tres condiciones, ata mi lengua, pues la rindo culto en la trinidad de los afectos diferentes que inspira. ¡Madre, esposa é hija! He ahí los eslabones de la cadena que con lazos indisolubles une al hombre y á la mujer. A la sombra de las palmeras de Cuba, respirando su deleitable brisa, se mecieron las cunas de mi madre, de mi esposa y de mis hijas. ¡El pasado, el presente y el

porvenir! Con mi santa madre traigo á la mente los amantes recuerdos de ayer; con mi amante esposa, gozo las delicias inefables de hoy; con mis hijas invado el mañana, ese mañana lleno de temores, pero tambien de risueñas esperanzas.

***

Ahora que conoces á las criollas, ahora que ves el peligro de ir á Cuba y á Puerto-Rico, embárcate... para no volver.

Perdóname este arranque de patriotismo que escribe la pluma dictado por mi corazon: *de los trópicos al cielo.*

TEODORO GUERRERO.

INDICE

	Páginas
América y España	7

PRIMERA PARTE

NOTAS POPULARES

La Petenera	13
La Milonga	21
La Jota	33
La Zamacueca	43
La Muñeira	55
La Gomba	67
El Zortzico	75
La Habanera	79

SEGUNDA PARTE

RELACIONES Y ARTÍCULOS

Ante una cruz	91
Martin Fierro (literatura popular argentina)	101
Historia de una muerte	109
El Carnaval en Buenos-Aires	117
El pobre de levita	127
Arsène Houssaye	133
La niña bonita	137
La ópera seria	141
A Teodoro Guerrero.—La Criolla	145
Doy fe.—A Sañudo Autran	151

PRECIO: DOS PESETAS

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid, provincias y Ultramar.

Los pedidos al editor.

MAR 14 1933